

Julio - Agosto 2007 7

BOLETÍN OFICIAL
de las **DIÓCESIS de la**
PROVINCIA ECLESIASTICA
de **MADRID**

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL - ARZOBISPO

- "La Misión Joven" con el Papa. El encuentro de Castelgandolfo del próximo 9 de agosto 000
- Celebración de la Eucaristía del Bautismo de S.A.R. la Infanta D^a Sofía de Todos los Santos Borbón Ortiz 000
- La fiesta de Santiago Apóstol. Memoria Viva de la Identidad de España 000
- Un peregrino de Roma excepcional. Ignacio de Loyola 000
- Palabras de saludo al Santo Padre en Castelgandolfo 000

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Defunciones 000
- Actividades del Sr. Cardenal. Julio 2007 000
- Actividades del Sr. Cardenal. Agosto 2007 000

Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

- Rito de admisión de los candidatos al sacerdocio 000
- Restauración del templo parroquial de la Asunción de Nuestra Señora 000
- Restauración del templo del Monasterio de Clarisas de San Juan de la Penitencia ... 000
- Encuentro con los padres de los sacerdotes diocesanos 000
- Otros actos del mes de julio 000
- Solemnidad de los Santos Niños Justo y Pastor, patronos de la diócesis de Alcalá . 000

CANCILLERÍA-SECRETARIA

- Defunciones 000
- Decretos 000
- Actividades del Sr. Obispo. Julio 2007 000
- Actividades del Sr. Obispo. Agosto 2007 000

Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

- Carta Pastoral del Sr. Obispo de Getafe, con motivo del Congreso de Apostolado Seglar 000
- Misión Jóven. Peregrinación a Roma. 2 de agosto 000
- Misión Jóven. Peregrinación a Roma. 6 de agosto 000

Iglesia Universal

- Mensaje a los jóvenes del mundo con ocasión de la XXIII Jornada Mundial de la Juventud 2008 000
- Discurso del Papa a los jóvenes de Madrid 000

Edita:

SERVICIO EDITORIAL DEL ARZOBISPADO DE MADRID. c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Redacción:

DELEGACIÓN DIOCESANA DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL
c/ La Pasa, 5. Bajo, dcha. - 28005-MADRID - Teléfono: 91 364 40 50 - E-mail: boam@planalfa.es

Administración, Suscripciones y Publicidad:

c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Imprime:

Orinoco Artes Gráficas, S.L. - c/ Caucho, 9 - Tels. 91 675 14 33 / 91 675 17 98 - Fax: 91 677 76 46
E-mail: origrafi@teleline.es - 28850-Torrejón de Ardoz (Madrid)

AÑO CXXV - Núm. 2791 - D. Legal: M-5697-1958

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO

“LA MISIÓN JOVEN” CON EL PAPA
El encuentro de Castelgandolfo del próximo 9 de agosto

Madrid, 14 de Julio de 2007

Mis queridos hermanos y amigos:

¡“La Misión Joven” con el Papa! Así podríamos definir el objetivo pastoral de nuestra próxima peregrinación juvenil a Roma en la primera decena de agosto. Objetivo pastoral, que queremos vivir y experimentar hondamente como expresión del sentido último de nuestra acción misionera con la juventud madrileña, de nuestro compromiso apostólico con ella y ¿cómo no? como muestra inequívoca de nuestro amor filial al Papa, Benedicto XVI.

“La Misión Joven” con el Papa quiere decir y significar:

Primero: Que el anuncio de Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador del hombre, a los jóvenes de Madrid, quiere ser eco fiel de la predicación de Pedro y del “Pedro” de hoy, de Benedicto XVI. En el momento de dar testimonio de nuestra fe en Jesucristo, como ocurrió aquel día, camino de Cesarea de Filipo, no nos queremos “quedar en las ramas” de aproximaciones simplemente humanistas, más o menos bienintencionadas, sobre el valor humano de su persona y de su ejemplo para el mundo de hoy. ¡Ciertamente Jesús de Nazareth fue una persona caracterizada por una excepcional humanidad! Su forma verdaderamente “revolucionaria” —en el sen-

tido mejor de la expresión— de valorar y tratar al niño, por ejemplo, lo manifiesta con creces. Pero Jesús fue y es más que un mero ejemplo de una forma noble de vivir el ser hombre. Tampoco, nos contentamos con caracterizaciones extraídas de una simple religiosidad natural o, incluso, como lo hacían muchos en Israel, identificándolo con alguno de los más grandes profetas del Pueblo elegido de Israel “¿Quién dice la gente que es el hijo del hombre?” —les preguntó Jesús a sus discípulos caminando hacia la región de Cesarea de Filipo—. “Ellos le contestaron: Unos que Juan el Bautista; otros que Elías; otros que Jeremías o uno de los profetas”. No, nosotros, a la hora de emprender “la Misión Joven”, le responderemos a la pregunta como lo hizo Pedro, adelantándose a los demás Apóstoles: “Tu eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo” (Mt 16,13-17). Esto es lo que queremos dar a conocer y proclamar a los jóvenes de Madrid: ¡Sólo ese “Hijo de Dios” puede salvaros del pecado y de la muerte! Nadie —ni nada— más. En nuestra “Misión Joven” queremos pues —y nos lo proponemos con la firmeza, valentía y audacia que nacen de un amor profundo— hacernos fieles pregoneros, vibrantes y gozosos, de la perenne y siempre actual confesión de “Pedro”. Más aún, queremos vivir compartiendo en filial comunión con él su triple declaración de amor al Resucitado: “Después de haber comido, dice Jesús a Simón Pedro: “Simón de Juan ¿me amas más que éstos?”. Le dice él: “Sí, Señor, tú sabes que te quiero...”. Y, así, dos veces más... Sí, nuestra “Misión Joven” ha nacido y se ha de mantener viva a partir de una opción de amor por Jesucristo, afirmada y sentida con “Pedro” y como “Pedro”: el de ayer —el de la primera y normativa hora de la Iglesia naciente— y el de hoy. En Roma, junto al Papa, le diremos a Jesús: “Señor, tú lo sabes todo: tú sabes que te quiero” (Jn 21,15-17).

Segundo: Que nuestro anuncio de Jesucristo nace, vive y se ofrece desde la comunión de la Iglesia, cuyo fundamento es Pedro: “Y yo a mi vez te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos; y lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo; y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos” (Mt 16, 18-19). Siempre se han dado en la historia de la Iglesia situaciones, casos y personas que han mantenido la pretensión de poder conocer la verdad de Cristo y de vivirla al margen y/o en contra de la Profesión de Fe de Pedro y de los Doce, presente y operante siempre en la Iglesia por y en sus Sucesores. El resultado ha sido indefectiblemente el mismo, y lo es hoy y lo será siempre: el apartamiento del mismo Cristo y la pérdida del sentido de su Gracia y de su Ley de Vida y, por supuesto, la ruptura de los vínculos de la comunión y del amor fraterno y el escándalo de los débiles. La “Misión Joven” quiere sentir con la Iglesia,

con sus Pastores, y, de una manera singular y decisiva, con el Sucesor de Pedro. ¡Nada nos separará del amor de Cristo en la doctrina y en la vida, porque nada ni nadie nos separará de la comunión de la Iglesia, fundada sobre la roca de Pedro, de esa comunión de la cual él tiene “las llaves”!

Vamos, como peregrinos a Roma, confiando totalmente en el cuidado maternal de la Virgen, Nuestra Madre y Señora de La Almudena, la que reunió a los discípulos con los Doce y con Pedro el día de la efusión del Espíritu sobre la primera Iglesia, en Pentecostés; vamos a dar testimonio en presencia del Sucesor de Pedro, del Papa, de nuestro Santo Padre Benedicto XVI y expresado en comunión gozosa con él, de que nuestra confesión de fe en Jesucristo es la suya y de que nuestro Sí a la llamada y a la vocación misionera entre los jóvenes de Madrid de comienzos del III Milenio lo vivimos y se lo ofrecemos plenamente conscientes de que él es el Vicario de Cristo en la Tierra, el primer Misionero y el Pastor de la Iglesia Universal.

Sí, queremos ser testigos de Jesucristo ¡“sus Testigos”!, como nos lo pedía el querido e inolvidable Juan Pablo II en la vigilia mariana de “Cuatro Vientos” en la noche del 3 de mayo del 2003.

Con todo afecto y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

HOMILIA del Emmo. y Rvdmo. Sr.
Cardenal Arzobispo de Madrid
en la celebración de la Eucaristía del Bautismo
de S.A.R. la Infanta
D^a Sofía de Todos los Santos Borbón Ortiz
Palacio de la Zarzuela
15.VII.2007; 19,30h.
(Ez. 36,24-28; Gal. 3,26-28; Mt. 28,18-20)

Majestades
Altezas
Excmo. Sr. Nuncio de Su Santidad
Excmo. Sres. Arzobispos y Obispos
Excelentísimos Señores y Señoras
Mis queridos hermanos y hermanas en el Señor:

De nuevo, delante de la Ermita de la Virgen, del Palacio de la Zarzuela, nos reunimos para bautizar en el marco de la celebración eucarística a su Alteza Real, D^a Sofía de Todos los Santos, la segunda hija de los príncipes de Asturias. ¡Una gran alegría para sus padres, su hermana D^a Leonor de Todos los Santos, para sus abuelos maternos y paternos, Sus Majestades los Reyes de España, para toda la Real Familia y –podemos estar seguros– para todo el buen pueblo de España que

sabe ver y apreciar en el acontecimiento lo que significa de don de Dios y de motivo de felicidad, humana y cristiana, para la Familia de sus Reyes y para la propia España.

Lo hacemos en Domingo, el día del Señor, en el que la Iglesia renueva semana tras semana a lo largo del año la memoria y la actualidad del Misterio Pascual: de la muerte y resurrección de Jesucristo. Precisamente del corazón abierto de Jesús, el Hijo de Dios vivo, mana para nosotros “el don nupcial del Bautismo, primera Pascua de los creyentes, puerta de nuestra salvación, inicio de la vida en Cristo, fuente de la humanidad nueva” (Prefacio de la Misa del Bautismo). Si la celebración dominical de la Eucaristía está siempre tocada del perfume espiritual del gozo profundo por la victoria de Cristo Resucitado, que es nuestra victoria y nuestra vida, cuánto más si a ella se une la celebración del Bautismo por el que una niña tan querida por todos los suyos se va a incorporar a ese triunfo y a esa vida nueva de aquél que nos la rescató y devolvió en plenitud, muriendo por amor al Padre, su Padre que está en los cielos, y a nosotros los hombres, llamados a volver, arrepentidos y convertidos, a la Casa y a la Gloria de ese Padre-Dios que nos quiere para ser sus hijos adoptivos: ¡verdaderos hijos suyos, en el tiempo y en la eternidad!

Sus Padres le han dado a esta niña, procreándola, como instrumentos del Creador y como fruto de su amor conyugal, la vida natural, don precioso de Dios, aunque se encuentre herida y afectada por el pecado primero y original, causa de toda muerte. Por el agua del Bautismo y la unción bautismal va a recibir de la Iglesia el don del Espíritu Santo, el don divino de la Persona-Amor dentro del seno del Misterio de la Santísima Trinidad, por el que vencerá al pecado y a la muerte y resucitará a la nueva Vida: Vida para ser vivida en la plenitud del amor, Vida que esconde en su seno la semilla de la auténtica felicidad y de la inmortalidad gloriosa.

La permanente aspiración del Pueblo de Israel a verse liberado definitivamente de “las inmundicias e idolatrías” en las que recaía una y otra vez olvidando la Alianza que Dios, movido por una infinita misericordia, había sellado con él, se verá cumplida sobrepasando toda medida humana por Cristo Jesús, por la Fe en El, por el Bautismo mandado por El y recibido en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Los bautizados, incorporados a Cristo y revestidos de El, reciben el corazón nuevo y el espíritu nuevo, que había profetizado Ezequiel, arrancado de sus entrañas “el corazón de piedra” y cambiado por “un corazón de carne”.

El día de la Pascua del Señor comienza una nueva historia, la de los hijos de Dios: ¡una historia de luz y de salvación! ¡la historia de la igual dignidad de todo ser humano! San Pablo lo afirmaba con una hasta entonces desconocida claridad en su carta a los Gálatas: “Ya no hay distinción entre judíos y gentiles, esclavos y libres, hombres y mujeres, porque todos son uno en Cristo Jesús” (Gal 3, 26-28).

En el día del bautismo de cada niño y por lo tanto, también de esta niña, la Infanta D^a Sofía de Todos los Santos, da comienzo una nueva historia para su vida: la de ser hija de Dios y la de poder configurarla y vivirla como experiencia creciente de amor a quien tanto la ha amado y a quien tanto nos ama. “Al atardecer de la vida nos examinarán del amor”, decía bella e insuperablemente San Juan de la Cruz. Santa Teresa de Jesús, su maestra, le había precedido en el canto de ese amor del Dios revelado en Jesucristo con una hondura espiritual sin par y con la forma literaria de una conmovedora y fascinante poesía:

“Vivo yo fuera de mi,
después que muero de amor,
porque vivo en el Señor,
que me quiso para sí.
Cuando el corazón le di
puso en él este letrado:
Que muero porque no muero.”

O esta otra:

“Ya toda me entregué y di
y de tal suerte he trocado
que es mi Amado para mí,
y yo soy para mi amado.”

La Madre de ese Amor ¡Amor Hermoso! es la Madre del Señor, la Virgen María. A Ella le confiamos el presente y el futuro de esta niña: de su vocación de hija de Dios. A María, la Madre de la Iglesia y Reina de las familias, le encomendamos igualmente a Sus Altezas Reales, los Príncipes de Asturias, sus Padres, para que les asista en esa difícil pero gratificante tarea de su educación cristiana, junto con su hermana la Infanta D^a Leonor de Todos los Santos: educación que les facilite el camino para ejercitar y madurar en su vida el don del Amor de Dios, de acuerdo con sus preceptos y mandatos. Así darán satisfacción a su vocación de padres

cristianos, llamados también y enviados por el Señor para anunciar a sus hijos la Buena Nueva de la salvación y para recordarles constantemente los dones de la gracia y de la ley nueva de Jesucristo. Pedimos también a Nuestra Señora, Virgen de La Almudena, por el bien y la felicidad de sus Majestades los Reyes y toda la Real Familia: ¡qué les acompañe en el arduo, noble y generoso cumplimiento de su servicio a todos los españoles! Y, finalmente, le pedimos también por España, “Tierra de María”, como gustaba llamarla el Siervo de Dios Juan Pablo II: ¡Quiera Ella, venerada y amada en todos los rincones de la Patria como Madre y Señora de los hijos y las familias de España, conservarla en la solidaridad fraterna, en la unidad y en la paz!

AMEN.

LA FIESTA DE SANTIAGO APÓSTOL

Memoria Viva de la Identidad de España

Madrid, 17 de Julio de 2007

Mis queridos hermanos y amigos:

La Fiesta de Santiago Apóstol supone siempre para la Iglesia de España y para la España misma una invitación a volver a los orígenes de su historia más auténtica y a renovarse humana y espiritualmente descubriendo la riqueza cristiana que encierran sus raíces para, de este modo, poder afrontar las tareas del presente y del futuro con esperanza: con la esperanza que no engaña: la que se funda en la gracia y en la Ley de Dios.

Santiago recuerda a toda la Iglesia en España sus orígenes apostólicos y la temprana evangelización de sus gentes, de sus culturas, de las personas y de la sociedad, con una tal hondura de fe y con una tal capacidad de conformación de toda la existencia personal y comunitaria de los españoles que la ha marcado viva y fielmente en lo esencial hasta hoy mismo. Desde aquellos sus primeros “Síes” al Evangelio en la aurora del cristianismo y de la Iglesia, se mantuvo la fe en comunión con la Iglesia Universal y su Pastor el Obispo de Roma a través de las pruebas más formidables, sobre todo la de la dominación islámica, saliendo de ella más purificada y acrisolada. España fue y es Tierra de María y Tierra de Santos porque en los surcos de su historia eclesial la semilla apostólica del Evangelio sembrada por San-

tiago y la fe recibida siempre se cuidaron y cultivaron esmeradamente con el don de la vida contemplativa y con el celo misionero de todos sus hijos.

¡Santiago en el año 2007 encierra para nosotros, Pastores y fieles, consagrados y laicos de la Iglesia en España, una llamada a revivir en nosotros la vocación misionera, la de ser testigos ardientes del amor de Cristo y pregoneros de su Evangelio con especial urgencia, en primer lugar, aquí mismo, entre nosotros, en nuestra sociedad y entre sus jóvenes generaciones, incluidos los jóvenes emigrantes y, por supuesto, más allá de nuestras fronteras!

Santiago recuerda también a la sociedad y al pueblo de España desde qué propuestas de concepción del hombre y de su destino provienen las grandes convicciones morales y espirituales que han configurado lo mejor de su historia y la influencia universal que ejerció en el mundo, a saber: el concepto de la igual dignidad de la persona humana, de sus derechos fundamentales, del bien común, de la primacía de la caridad y del amor a la hora de regular y valorar el bien de la sociedad y de las personas, de potenciar libre y solidariamente la justicia y, muy singularmente, la forma de comprender y de vivir al gran don del matrimonio y de la familia como santuario del amor y fuente de la vida y la entrega a los más necesitados. La cultura española en todos sus aspectos, humanísticos, jurídicos, literarios, artísticos... ¡los más significativos y admirables! está impregnada de la tradición cristiana, nacida de Santiago.

Más aún, Santiago nos recuerda el origen y el espíritu con que España nace y se desarrolla históricamente en relación con Europa y América. Su Camino ha sido vertebrador –de modo decisivo, en las dimensiones del alma–, de la Europa naciente, comunidad de pueblos y gentes, desde Oriente hasta Occidente, inspirada por una clara vocación espiritual y cultural de universalidad. Y su aliento apostólico y evangelizador, –¡el de Santiago!– la impulsó e iluminó para comprender y llevar a cabo su vocación americana –a pesar de todos los pesares– como un gran empeño evangelizador.

La España de hoy hará bien, si quiere situarse en la Unión Europea y en el mundo como un factor cultural, ética y sociopolíticamente relevante y fecundo, en dejarse inspirar y guiar por el gran legado espiritual de la tradición jacobea. Hará bien en no olvidar aquel bello pasaje de la Homilía de Juan Pablo II en la Eucaristía de Canonización de cinco Santos españoles contemporáneos, en la mañana del 4 de mayo del 2004, que tanto nos conmovió. Así se expresaba el Papa: “La fe

cristiana y católica constituye la identidad del pueblo español, dije cuando peregriné a Santiago de Compostela (Homilía de Santiago, 9.XI.1982. En Lavacolla). Conocer y profundizar el pasado de un pueblo es afianzar y enriquecer su propia identidad. ¡No rompáis vuestras raíces cristianas! Sólo así seréis capaces de aportar al mundo y a Europa la riqueza cultural de vuestra historia!”.

Dentro de unos días peregrinaremos con los jóvenes de Madrid ¡misioneros de “la Misión Joven”! a Roma para encontrarnos con el Papa. Queremos vivir esa peregrinación con “espíritu jacobeo”, es decir, buscando en el Sucesor de Pedro la luz y el aliento apostólico que nos anime a continuar el curso que viene, apoyados en las familias madrileñas, con el testimonio de Jesucristo entre nuestros jóvenes con el ardor primero y la entrega valiente de Santiago el Mayor, Patrón de España. María nos confortará como le confortó a él en el Pilar de Zaragoza. María, la de La Almudena, nos sostendrá en nuestra ilusión y propósito misionero, como sostuvo a los vecinos del Madrid de principios del segundo milenio en la fidelidad a su Hijo Jesucristo, recobrada la libertad y la identidad cristiana.

Con la intercesión de Santiago y con el amor de María, Madre de España, lo podremos.

Con todo afecto y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

UN PEREGRINO DE ROMA EXCEPCIONAL IGNACIO DE LOYOLA

Madrid, 28 de Julio de 2007

Mis queridos hermanos y amigos:

El próximo día 31 de julio celebra la Iglesia Universal la Fiesta de San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, un hijo egregio de la Iglesia que peregrina en España y un español universal. Él fue también uno de los que mejor comprendió que peregrinar a Roma, a la Iglesia de Pedro y de Pablo, física y, sobre todo, espiritualmente, significaba acudir al lugar histórico decisivo para que el encuentro con Jesucristo, Salvador del hombre, adquiriese toda la auténtica actualidad de su presencia en la vida de los hombres de todos los tiempos hasta que Él vuelva en Gloria y Majestad y toda la densidad y proyección católica que de ese encuentro se desprende para la salvación de toda la humanidad: ¡“católica” es igual a decir “universal”! Pues “Pedro” –y sus Sucesores, los Obispos de Roma–, representan a Cristo como el Buen Pastor de la humanidad buscada y redimida desde la cruz por su amor misericordioso, divino-humano, y, por lo tanto, como Vicarios suyos para la Iglesia, extendida por todo el mundo. Sólo en la comunión con esa Fe de Pedro es posible la plenitud de la verdad en la confesión de la fe de Cristo y la integridad y autenticidad de su testimonio, apostólico y misionero, entre las gentes de todos los lugares y de todas las épocas de la historia.

Ignacio de Loyola, aquel joven que, en la madurez de sus treinta años en los tres largos y pesados meses de la convalecencia de las graves heridas sufridas defendiendo de los franceses el Castillo de Pamplona es tocado hasta lo más profundo de su ser en medio de sus ilusiones y aspiraciones mundanas por la gracia del Señor ¡de Jesús!, se convierte. Su vida cambia radicalmente. Cae en la cuenta del tremendo y trágico engaño que encierran los proyectos de vida enganchados y fascinados por las glorias mundanas. En su interior se va iluminando cada vez con fuerza más persuasiva, que alcanza lo más íntimo de su corazón, la verdad de que sólo en la gloria de Dios se encuentra el sentido de la vida del hombre y de que sólo sirviendo a Cristo, el Hijo de Dios vivo, hecho hombre, muerto y resucitado por nosotros, impronta de la gloria del Padre, e identificándose con Él se llega a vivir de esa gloria y en esa gloria que confiere al hombre la auténtica felicidad en el tiempo y en la eternidad. Ignacio se pone en camino hacia Jerusalén después de un tiempo prolongado e intenso de oración penitente y contemplativa –¡de “Ejercicios Espirituales”!–, pasando por Roma. En Jerusalén, donde sólo puede permanecer dos meses, quiere confirmar con el conocimiento próximo y sensible de los Lugares Santos, donde nació, vivió, murió el Señor y tuvo lugar su Resurrección y el nacimiento mariano y apostólico de la Iglesia, la relación íntima con Cristo, crecer así en “su conocimiento interior” para entregarle su vida sin condicionamiento alguno, dándole todo para que sea conocido y amado por todos los hombres ¡A Ignacio en el futuro no le va a importar ya nada más que la salvación de las almas!

Pero, cuando más tarde le falle el propósito de una segunda peregrinación a Jerusalén, esta vez con los compañeros y amigos de la “Compañía de Jesús, cautivados y ganados por él en la Universidad de la Sorbona en París para la causa del Reinado de Cristo en pobreza, castidad y en una obediencia apostólicamente incondicional, vuelve sus ojos a Roma, iluminados por el mismo Señor, que se le aparece en “La Sorta” a las puertas de la Ciudad Eterna, para encontrar allí la etapa final y definitiva de su incansable peregrinación interior y exterior, buscando y ahondando el encuentro con el Señor, y para quedarse para siempre al lado “del Sucesor de Pedro” en los quince últimos y más decisivos años de su vida sacerdotal ¡de testigo ardientemente enamorado del Corazón de Cristo! Ignacio va a dirigir, guiar y alentar desde Roma a sus “Jesuitas”, a su Compañía de Jesús, a propagar este Nombre por todos los rincones de la Tierra, comprometidos a ello por su voto especial de obediencia al Romano Pontífice. La nueva Orden de varones –presbíteros en su mayoría–, nacida para los tiempos nuevos de un siglo, el XVI, en el que el descubrimiento de América, la ruptura protestante de la Iglesia y el atractivo ejercido por el Renacimiento, en tantos sentidos pagano, exigía una renovada res-

puesta apostólica por parte de la Iglesia, se muestra como don singular del Espíritu Santo para afrontar el formidable reto de una nueva Evangelización. Allí están los Jesuitas dispuestos a asumir la tarea con su entrega vivida, sentida y testimoniada desde el experiencia interior y emocionada del amor de Cristo. En Roma se encontraba su “Vicario en la Tierra”. Desde Roma era posible llevar la noticia y testimonio de su amor, íntegra e infalsificablemente, a todos los hombres de la Tierra, para “Mayor Gloria de Dios”. Acababa de comenzar un nuevo y apasionante capítulo de la Misión Cristiana, de la Evangelización del mundo: un capítulo profundamente católico.

Los jóvenes de Madrid, en “misión” entre sus compañeros, peregrinan a Roma con sus Pastores en los primeros días de agosto. Se encontrarán con el Santo Padre, “el Vicario de Cristo”, el día 9. Vamos a pedirle a la Virgen de La Almudena, a quien tan tiernamente amó San Ignacio de Loyola, uno de nuestros mejores y más grandes compatriotas, y por su intercesión, que nos ayude a crecer en el amor de Jesucristo, a “demandar conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga” (Ej. Esp. 103).

Sí, ¡que volvamos de Roma amando y siguiendo más intensamente y más verdaderamente a Jesús! ¡La “Misión Joven” vivirá de este modo el próximo curso una nueva, ilusionada y fecunda etapa de evangelización de nuestros jóvenes madrileños!

Con todo afecto y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

Palabras de saludo al Santo Padre
del Emmo. Cardenal Arzobispo de Madrid,
Antonio M^a Rouco Varela

Santo Padre:

Aquí tiene a miles de jóvenes peregrinos madrileños de las tres diócesis de la Provincia Eclesiástica –Madrid, Alcalá de Henares y Getafe- que con sus catequistas, sus sacerdotes y sus obispos quieren decirle al Papa: ¡la “Misión Joven” de Madrid, los jóvenes de Madrid, están con el Papa!.

Durante el curso que acaba de terminar, muchos de ellos han salido al encuentro de sus jóvenes compañeros en las calles y plazas de Madrid, sus lugares de ocio y diversión, en los polideportivos y en el “Metro”, en los colegios y la Universidad... para anunciarles la buena noticia de Jesucristo Salvador del hombre, de que sólo Él, como vuestra Santidad les ha recordado recientemente, “puede colmar las aspiraciones más íntimas del corazón del hombre”: de que sólo Él, Jesús, el Señor, “es capaz de humanizar la humanidad y conducirla a su divinización”. Otros se han comprometido en una callada e intensa labor de renovación de la pastoral juvenil a partir de lo que hemos venido llamando las “mesas de arciprestazgo”. Todos se han mostrado como testigos valientes y generosos de Jesucristo, tal como se lo había ya predicho y pedido nuestro inolvidable Juan Pablo II en el “Encuentro con la juventud de España” en el aeródromo de Cuatro Vientos de Madrid, en la vigilia del tres de mayo del año dos mil tres. Aplicándoles la

palabra del Señor a sus Apóstoles al ascender al cielo, “Seréis mis testigos” (Hch 1, 8), les decía: “Id con confianza al encuentro de Jesús. Y como los nuevos santos, ¡no tengáis miedo de hablar de Él... Es preciso que os convirtáis en apóstoles de vuestros coetáneos!”.

Santo Padre, le podemos asegurar que lo han sido y lo quieren continuar siendo el próximo curso. ¡La “Misión Joven” contagia! ¡Contagia espiritual y eclesialmente! A ella se incorporarán los jóvenes matrimonios madrileños el próximo curso. ¡Los matrimonios jóvenes católicos de Madrid evangelizan a los matrimonios jóvenes!.

Querido Santo Padre, los jóvenes de Madrid quieren ser entre sus compañeros pregoneros fieles, vibrantes y gozosos de la perenne y siempre actual confesión de Pedro: “Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo” (Mt 16, 16). Agradecidos en lo más hondo del corazón por esta audiencia, que con excepcional afecto paternal nos habéis concedido en esta calurosa mañana de vuestro tiempo de descanso, os pedimos Santo Padre que nos iluminéis y nos animéis en nuestro compromiso misionero con la juventud madrileña, puesto que sólo en comunión con el Papa, el Sucesor de Pedro, con Pedro hoy Benedicto XVI, sentida y vivida con alegre y plena fidelidad, nuestro testimonio de amor a Jesucristo será verdadero y fecundo para la evangelización de los jóvenes de Madrid.

Ha querido acompañarnos en este encuentro con el Santo Padre, momento culminante de la “Misión Joven” madrileña, la Excma. Sra. Presidenta de la Comunidad de Madrid, en un fino gesto de sintonía con los jóvenes católicos madrileños.

Querido Santo Padre: ¡la “Misión Joven” de Madrid está con el Papa. ¡Cuenta con los jóvenes de Madrid, incondicionalmente! Cuenta con ellos para la XXIII Jornada Mundial de la Juventud en Sydney. Estoy seguro de que hacen suya la petición del mensaje de Vuestra Santidad: “que cada uno de vosotros tenga la valentía de prometer al Espíritu santo llevar a un joven a Jesucristo, como mejor lo considere, sabiendo dar razón de vuestra esperanza pero con mansedumbre (cf. 1Pe 3,15)”.

María, la Virgen de la Almudena, Patrona de toda la Archidiócesis de Madrid, ha sido y es la Estrella de la “Misión Joven” y de nuestra peregrinación a

Roma. Quiera Santa Teresa Benedicta de la Cruz –Edith Stein-, la santa del día, la joven gran testigo de la sabiduría de la cruz para nuestro tiempo, hija excelsa de santa Teresa de Jesús, interceder por la “Misión Joven” de Madrid.

¡Gracias, muchísimas gracias, querido santo Padre!

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

DEFUNCIONES

El día 24 de junio falleció el R.P. FRANCISCO GARCÍA CALZADA, O.S.A., colaborador de la Parroquia de Santa Ana y Nuestra Señora de la Esperanza, de Madrid.

El día 2 de julio ha fallecido a los 79 años de edad y 50 años de Vida Consagrada, en el Real Monasterio de la Encarnación, en Madrid, SOR MARÍA JESÚS DE SAN AGUSTÍN (María Jesús San Miguel Oiz).

El día 16 de julio ha fallecido el R.P. SANTIAGO LÓPEZ URMENETA, SS.CC. Nació en Valtierra (Navarra), el 4-11-1949. Ordenado en El Escorial, el 20-4-1974. Desempeñó en la diócesis los cargos de Párroco 'in solidum' de la Parroquia de San Braulio (13-9-1995 a 30-9-1998), vicario parroquial de San Braulio (30-9-1998 a 28-6-2005) y párroco de la parroquia de Sagrados Corazones desde 28-6-2005.

El día 16 de julio de 2007, falleció el Rvdo. Sr. D. JESÚS MANUEL SANZOL ERDOZAIN, sacerdote diocesano de Panamá. Nació en Aibar (Navarra), el 1 de enero de 1912. Ordenado en Bogotá (Colombia) el 10 de febrero de 1935. Fue religioso agustino Recoleta. Estaba incardinado en la diócesis de Panamá. En Madrid fue ecónomo de El Berrueco de 1980 a 1982. Estaba jubilado.

El día 26 de julio ha fallecido, el Rvdo Sr. D. FRANCISCO DE MOXÓ MONTOLIÚ, sacerdote diocesano de Madrid. Nació en Barcelona, el 29-3-1930.

Ordenado en Sant Cugat, el 30-07-1961. Incardinado en Madrid el 12-09-2000. Ha desempeñado en la Diócesis de Madrid, los cargos de Vicario parroquial de San Miguel Arcángel de Carabanchel desde el 12-9-2000 a 9-7-20002 y vicario parroquial de Santa Justa y Rufina desde 9-7-2002.

El día 28 de julio de 2007, falleció el Rvdo. Sr. D. FERNANDO NAVAS DIEZ, sacerdote diocesano de Madrid. Nació en Sevilla, el 11-09-1926. Ordenado en Granada el 15-7-1961. Incardinado en Madrid, el 20-5-1981. Estaba jubilado. Fue ecónomo de Colmenarejo (15-11- 1981 a 2-7-1992), Coadjutor de Santa Catalina, de Majadahonda (1-7-1992 a 6-11-1996), adscrito a Santa Catalina de Majadahonda (6-11-1996 a 29-10-1997) y párroco de Gandullas y Piñuecar (29-10-1997 a 8-7-2003).

El día 29 de julio de 2007, falleció el Rvdo. Sr. D. PRIMITIVO ÁLVAREZ ALCOCEBA, sacerdote diocesano de Osma-Soria. Nació en Quintanes de Gormaz (Soria) el 25-11-1941. Ordenado en Soria el 28-3-1955. En la diócesis de Madrid desempeñó los cargos del ecónomo de María Maris Stella (1-10-1976 a 30-6-1984), coadjutor de Transfiguración del Señor (1-7-1984 a 15-9-1993) y coadjutor del Purísimo Corazón de Maria (5-9-1993 a 28-2- 2006). Estaba jubilado desde el 28-2-2006.

El día 3 de agosto falleció D. JOSÉ RAMÓN DE LA BODEGA IGLESIAS, sacerdote diocesano de Madrid. Nació en Pontevedra el 13-4-1927. Ordenado en Ciudad Real el 3-6-1950. Incardinado en Madrid, el 29-05-1972. Fue coadjutor de la Encarnación del Señor del 30-11-1966 a 17-10-1974 y coadjutor de Santos Justo y Pastor de 17-10-1974 a 1-12-2002. Estaba jubilado.

El día 10 de agosto falleció D. ALFONSO LOZANO DEL VALLE, sacerdote madrileño y misionero en Panamá. Nació en Madrid el 2-9-1933. Ordenado en México el 24-10-1964. En la diócesis de Madrid, fue coadjutor de San Pedro Apóstol del 5-11-1997 A 25-9-1998, y capellán de la Residencia de Ancianos de Alcobendas hasta 1998, fecha en la que se marchó a Panamá.

El día 13 de agosto de 2007, falleció el Rvdo. Sr. D. JOSÉ MANUEL CASTRO BUENTIEMPO, sacerdote diocesano de Madrid. Nació en Corcos del Valle (Valladolid) el 3-10-1927. Ordenado en Oviedo, el 8-4-1960. Incardinado en Madrid el 6-5-1970. En la diócesis de Madrid ha desempeñado los cargos de: Capellán del Colegio 'Jesús Maestro' (1964-1992), profesor del mismo colegio

(1969-1972), profesor del Instituto Beatriz Galindo (1969-1972), profesor del Instituto Lope de Vega (1972-1978), del Instituto Gregorio Marañón (1978-1984) y del Instituto Cardenal Herrera Oria (1969-1992). Fue capellán del Hospital Psiquiátrico 'Alonso Vega' y Capellán de la Diputación Provincial de Madrid (1979-1992). Estaba jubilado desde octubre de 1992. Ha colaborado en el Tribunal Eclesiástico. Ha sido Juez Instructor de la Causa de Beatificación del Fundador de las Dominicas de San José, el Siervo de Dios José Cueto, Notario del Proceso de Martirio de 28 dominicos y 6 marianistas fusilados en 1936. Últimamente desempeñaba la Capellanía del Colegio Jesús Maestro y asistía como sacerdote a la Residencia de Ancianos Santa Matilde.

El día 16 de agosto de 2007 falleció D. ALFREDO COLORADO. Fue religioso marianista y al salir de la Congregación se incardinó en la diócesis de Segovia. Durante varios años ha trabajado como responsable de enseñanza de la Conferencia Episcopal.

El día 30 de agosto de 2007 falleció HIPÓLITO TAMAYO ZUÑIGA, sacerdote diocesano de Madrid. Nació en Sigüenza (Guadalajara) el 12-8-1917. Ordenado en Madrid el 3-6-1944. Fue ecónomo de Pedrezuela del 15-9-1944 al 1-10-1947, ecónomo de Robledo de Chavela del 1-10-1947 a 25-7-1951, ecónomo de San Sebastián de los Reyes del 25-7-1951 a 1-6-1957. Párroco de San Sebastián de los Reyes del 1-6-1957 a 6-7-2000. Adscrito a San Sebastián Mártir, de San Sebastián de los Reyes el 31-10-2000. Estaba jubilado.

El día 19 de agosto de 2007 falleció DOÑA MÁXIMA CEBALLOS RONDA, a los 85 años de edad, madre del sacerdote D. Ángel Macho Ceballos, vicario parroquial de la Parroquia Dulce Nombre de María y Consiliario diocesano de la JOC.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.

ACTIVIDADES DEL SR. CARDENAL. JULIO - AGOSTO 2007

JULIO 2007

Día 1: Misa en la Catedral en el Día del Papa.

Viaje a Roma. Del 1 al 4 de julio. Reunión del Consejo de Asuntos Económicos.

Día 5: Consejo Episcopal.

Viaje a Alemania.

Día 6: Conferencia en la Catedral de Ratisbona.

Día 8: Misa y bendición de las obras en la Parroquia de Nuestra Señora de la Asunción, de Galapagar.

Día 9: Inauguración de las obras del Tercer Monasterio de la Visitación.

Día 10: Consejo Episcopal.

Día 11: excursión con sacerdotes jóvenes.

Día 12: Comité Ejecutivo de la CEE.

Envío de la Misión Joven al grupo Kyrios

Día 13: Encuentro Obispos-empresarios.

Día 14: Inauguración de las obras de la Parroquia Padre Nuestro.

Día 15: Misa y bendición de la Capilla de la Parroquia de San Felipe Neri.

Bautizo de la Infanta Sofía.

Día 16: Misa en la festividad de El Carmen en la Parroquia de San Ramón Nonato.

Día 17: Misa de fin de curso con los MCS de la diócesis.

Día 18: Participa en Ávila en el encuentro de RR. Jóvenes organizado por la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada de la Conferencia Episcopal Española.

Del 18 al 24: viaje.

Día 25: Confirmaciones en la Parroquia de Santiago, en Colmenarejo.

Día 28: Misa en la parroquia de Cerceda.

Día 29: Misa con las RR. Hijas del Sagrado Corazón, de Galapagar.

AGOSTO 2007

Día 3: Conferencia en El Escorial, para clausurar el curso de verano “*Dar lugar a la razón*”, organizado por la Facultad de Teología ‘San Dámaso’. “*Comunidad religiosa y comunidad política*” será el tema de su ponencia.

Día 4: llega a Génova para unirse a los peregrinos de la ‘Misión Joven’ que van a Roma.

Día 5: Misa en la Catedral de Génova.

Día 6: Misa en la Catedral de Siena.

Catequesis a los jóvenes en la iglesia de San Doménico, en Siena.

Día 7: Misa en el Sacro Convento de Asís.

Día 8: Misa en la Basílica de San Pedro, del Vaticano.

Día 9: Audiencia con el Papa y los miembros de la ‘Misión Joven’ en Castelgandolfo.

Misa en San Pablo Extramuros, en Roma.

Día 10: Celebración penitencial en San Juan de Letrán, en Roma.

Misa en Santa María la Mayor, en Roma.

El 7 de Septiembre está prevista la apertura del curso pastoral 2007-2008.



Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

RITO DE ADMISIÓN DE LOS CANDIDATOS AL SACERDOCIO

**Seminario de Alcalá de Henares,
15 de Junio de 2007**

Lecturas: *Ez* 34, 11-16; *Rm* 5, 5-11; *Lc* 15, 3-7.

1. Hemos escuchado, en la primera lectura, la profecía de Ezequiel, que se ha cumplido de manera extraordinaria no sólo desde el tiempo de los profetas, sino de manera infinitamente plena en Jesús de Nazaret. La profecía de que Dios mismo apacienta a su pueblo y ama a sus hijos, expresada con la imagen del pastor. Las ovejas se han dispersado, llevan una vida errabunda y se han alejado del Señor y de su amor. Pero Dios mismo, como un Buen pastor, las busca y las trae de nuevo al redil. Las ovejas se han perdido y el Buen pastor sale a buscarlas.

Hay personas y fieles cristianos, que no están en la casa paterna y no gozan de sus delicias. Y el buen pastor, el buen sacerdote, sale a buscar a la gente que no está participando de la vida eclesial. El buen pastor deja su casa, las comodidades, las cosas que a uno le podían apetecer y va a buscar a la oveja perdida. En definitiva, deja de contemplarse a sí mismo y se preocupa de los demás.

Es posible que algunos pastores, sacerdotes, piensen que es más cómodo esperar a que los fieles e infieles vengan a la parroquia. Pero, a imitación del Buen

pastor, tendríamos que salir en nuestro trabajo pastoral y acercarnos al que no cree; al que cree, pero tiene una fe débil; al que creyó y ya no cree; al no puede caminar espiritualmente, porque se lo impide su parálisis de pecado. Todas estas ovejas no volverán por sí mismas, si alguien no les ayuda.

El buen pastor tiene que salir, invitarlas, cogerlas en sus brazos o cargarlas sobre sus hombros, para que puedan regresar. Una vez encontrada la oveja perdida, el Buen pastor la carga sobre sus hombros (cf. *Lc* 15, 4-5) y regresa a casa.

2. El Señor congrega de entre todas las naciones, como dice el profeta (cf. *Ez* 34, 13), a las ovejas dispersas. Se han ido buscando otras aguas, otras fuentes, otras filosofías o ideologías, otras motivaciones que las han deslumbrado; pero no han encontrado en ellas la felicidad que buscaban, ni el sentido de su vida.

El Señor las reúne, estrechándolas junto a sí. De este modo, las ovejas pasan de la dispersión a la comunión; del alejamiento de casa al regreso; de la ida hacia fuera a la vuelta, como el hijo pródigo. Regresan para vivir unidos; para estar con el padre de familia; para gozar de la compañía del Pastor divino.

Una vez que han regresado, el buen pastor las llena de atenciones: las cura, las faja, les recompone los huesos quebrados, les da de comer, las apacienta en ricos pastizales, las hace sestar y descansar; y les hace participar del banquete de casa.

Las ovejas que vuelven a casa son cuidadas con esmero, para que puedan beber del manantial de la vida, participar en la Eucaristía, escuchar la Palabra, renovarse y recibir la gracia de los sacramentos.

3. Esta es una misión maravillosa para todos aquellos a quienes Dios llame al sacerdocio. Es un programa de vida precioso, que el Señor explicó por medio de una parábola. Aplicado a la tarea sacerdotal es maravilloso y puede llenar con alegría una vida entera.

Querido Jesús-Javier, al presentarte hoy voluntariamente como candidato a las órdenes sagradas, respondiendo la llamada que el Señor te ha dirigido, estás manifestando que aceptas este programa de vida y que deseas asumirlo. La Iglesia te reconoce hoy como candidato válido para recibir posteriormente las órdenes y para que realices este hermoso programa, a imagen del Buen pastor.

4. Esta parábola, tomada de la vida pastoril y campestre, tiene un profundo y rico significado, que no agotaríamos con nuestra reflexión. Esta hermosa tarea puede y debe ilusionar a todo sacerdote y a todo candidato al ministerio sacerdotal. Ojalá pudiéramos transmitir la ilusión y la alegría del ministerio a los sacerdotes que tal vez están en horas bajas o momentos difíciles, para animarnos unos a otros.

Quiero dar gracias a Dios en esta tarde en que Jesús-Javier va a ser admitido oficialmente como candidato a las órdenes sagradas. Se le admite como candidato a pastor, alevín de pastor o “zagal”, como se diría en el lenguaje pastoril; es decir, el muchacho que ayuda al pastor y va aprendiendo la profesión; y sobre todo siendo fiel a la vocación de pastor, junto a otros pastores de más experiencia y mayor formación.

Esta tarde damos gracias a Dios, porque te ha llamado al ministerio sacerdotal. En nombre de la Iglesia te acojo y te admito oficialmente como candidato a las órdenes sagradas. Quiero animarte a que leas asiduamente y con provecho la parábola del Buen pastor, para que puedas imitarle.

5. Hoy celebramos la solemnidad litúrgica del Sagrado Corazón de Jesús. Si el buen pastor es una imagen poética, ésta es otra imagen de Jesús, tomada del mundo afectivo.

Como sabéis, la Fiesta del Sagrado Corazón de Jesús fue instituida por el Papa Beato Pío IX, cuya gestión no fue comprendida por mucha gente. En su época estuvo en auge el romanticismo; y por eso hay que entender desde esta perspectiva la devoción al Corazón de Jesús.

Pero vayamos a lo que nos interesa y a lo positivo de esta fiesta. El Corazón de Cristo es un corazón enamorado, no romántica y superficialmente, como puede ocurrir en la propaganda de las telenovelas, sino un corazón que ama auténticamente; un corazón que se entrega; un corazón traspasado, que lo ha dado todo, hasta la última gota de sangre y agua. Jesús nos ha amado hasta el extremo y ha dado su vida por nosotros (cf. Jn 13, 1). Y si un Hombre ha dado su vida por mí y por todo el mundo, bien se le puede corresponder con amor.

El Corazón de Jesús es un corazón traspasado del que mana vida. Un corazón del que fluye sangre y agua, símbolo del bautismo y de la eucaristía; un corazón del que nace la Iglesia y manan los sacramentos; una fuente inagotable de gracias

divinas; un manantial de vida, de renovación, de amor y de perdón. El Corazón de Cristo es un corazón amante, que produce vida; porque un corazón que no ama, es estéril.

6. Me alegra que estén presentes, en esta tarde, los padres de los seminaristas; porque ellos tienen experiencia de lo que es el amor. No se trata de un cuento de hadas, ni de algo romántico que sobreviene en la edad juvenil; no se trata de una simple experiencia maravillosa, que extasía; ni de una luz especial, que deslumbra; todo eso puede suceder, pero es sólo un aspecto.

El amor maduro pasa después por muchas pruebas, por mucho sacrificio y por mucha entrega. Os pediría, queridos padres, que explicarais a vuestros hijos, candidatos al sacerdocio, qué significa amar de veras; porque vosotros tenéis esa experiencia y quizá ellos la tienen menos; o aún están pensando en un amor romántico.

Habladles del amor real, verdadero y auténtico; que sabe sufrir y entregarse; que sabe aguantar y respetar al otro; que busca cuidar al otro, olvidándose de sí mismo; que sabe renunciar a sí mismo por el otro. ¡Habladles de todo eso a vuestros hijos!

7. No se puede ser sacerdote, si no se es un hombre que ama. Los sacerdotes deben ser hombres maduros, que sepan amar; de otro modo, no pueden asemejarse a Cristo, que entregó su vida. De la riqueza de un corazón que ama, saldrán buenos frutos, como han salido de Cristo, que ha demostrado su amor dejándose traspasar en la cruz.

El sacerdote debe vivir el amor al estilo de Cristo virgen. El celibato no se refiere sólo a la no paternidad física, sino al amor auténtico, que se manifiesta, de modo virginal, a través de todo el ministerio sacerdotal.

En vuestro caso, estimados padres de seminaristas, vuestro amor se ha manifestado mediante la paternidad concreta de vuestros hijos. Pero, vuestros hijos pueden aprender de vuestro amor y entrega, aunque ellos lo manifiesten de otra manera, con una paternidad espiritual, que acoja a toda la gente, a todas las ovejas perdidas.

8. Esta fiesta, querido Jesús-Javier, marca providencialmente el inicio de tu ministerio. Pedimos al Señor que te haga un buen y santo pastor, que salga en busca

de las ovejas; que las convoque en la unidad de la Iglesia, en la celebración eucarística, en la vida fe, de amor y de esperanza cristianas; que las cuide con esmero. Pedimos al Señor que te conceda vivir con un corazón que sepa amar de verdad.

Pedimos también en esta Eucaristía por los demás candidatos al ministerio sacerdotal y por todas vuestras familias, a quienes agradezco su presencia y su participación en esta celebración.

Deseo agradecer también a los superiores del Seminario su abnegación y trabajo; su entrega generosa a los seminaristas, como unos segundos padres, que colaboran en el crecimiento de vuestros hijos. A veces han de ponerse serios y exigentes; otras veces, condescienden jovialmente, pero lo hacen siempre con amor hacia vuestros hijos. Hemos de estar agradecidos a los superiores del Seminario, que a veces reciben críticas e incomprensiones.

La Virgen María supo lo que era el verdadero amor, porque amó a su Hijo de una manera extraordinaria, sublime y única en toda la Historia de la Humanidad. Como buena Madre le pedimos que nos ayude a nosotros a amar también a su Hijo y, con él, a las ovejas que el Señor quiera poner en nuestras manos. Que así sea.

RESTAURACIÓN DEL TEMPO PARROQUIAL DE LA ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA

Villalbilla, 17 Junio 2007

Lecturas: *Is* 28, 16-17; *Gal* 2, 16.19-21; *Lc* 7, 36 – 8, 3.

1. Hemos escuchado en la carta de san Pablo a los *Gálatas* que nadie queda justificado por sus obras (cf. *Gal* 2, 16), porque la Ley no es cumplida de manera perfecta por nadie. Ninguna persona humana en toda la historia de la Humanidad, a excepción de la Virgen María, ha cumplido todos los preceptos de la Ley.

El resto de los humanos todos fallamos y pecamos y, por tanto, no cumplimos la Ley. Si alguien pretendiera quedar justificado por sus obras, quedaría prácticamente fuera de esa justificación.

La salvación nos la regala el Señor, perdonando nuestros pecados. El Hijo de Dios ha dado su vida en la cruz por nosotros y nos ha salvado; nosotros nos acogemos a la misericordia divina, que nos da su gracia, nos acoge, nos llena de vida y nos perdona de todas nuestras faltas.

2. El Evangelio de hoy, según san Lucas, nos ha presentado el pasaje de la mujer pecadora, en casa de un fariseo llamado Simón (cf. *Lc* 7, 36). Aquella mujer,

reconocida públicamente como pecadora, tiene unos gestos con el Señor, que expresan su amor a Él y el reconocimiento de su condición de pecadora (cf. *Lc* 7, 47-48). Por ello son perdonados sus pecados.

La pecadora nos invita a cada uno de nosotros a tener esta misma actitud: reconocernos pecadores ante Dios, para recibir su perdón. No podemos ponernos delante de él con una actitud de orgullo. Ante Dios somos sus criaturas; unos pobres hombres, que no vivimos según los mismos mandamientos que Dios nos ofrece; y no tenemos otra opción que reconocer nuestra situación de pecado y de limitación.

Si en las relaciones humanas hiciéramos lo mismo que ante Dios, también éstas serían más enriquecedoras y más fructíferas. Pero si no reconocemos nuestra condición de pecadores ante Dios -ante el cual no cabe mentir en absoluto, porque nos conoce mejor que nosotros mismos- es difícil que reconozcamos nuestra condición de pecadores ante los demás.

Pero sería una actitud buena y fructífera, el que nosotros reconociéramos que fallamos y pecamos; que no siempre cumplimos la Ley de Dios y que, por tanto, necesitamos su perdón y el de los hermanos, a quienes ofendemos.

3. Jesús entra en casa de Simón y éste, según dice el Evangelio, no le ofrece los gestos de hospitalidad, propia de las costumbres judaicas de la época: No le ofrece el agua para las abluciones de los pies; ni el ósculo de la paz, que forma parte del ritual de la acogida; no le ofrece agua para lavarse, ni toalla para secarse.

La conclusión es que Jesús ha entrado en casa de Simón el fariseo, pero Simón no ha entrado en el corazón de Jesús. Sin embargo la pecadora, que no ha invitado a Jesús a su casa, sino que ha ido a buscarle a casa de otro, sí que ha entrado en el corazón de Cristo, por su gesto humilde; y le ha ofrecido lo que el fariseo Simón no le había ofrecido: Le ha lavado los pies, no con agua, sino con sus lágrimas; como ósculo de paz le ha besado los pies y se los ha enjugado con sus cabellos.

Esta pecadora se ha acercado a Jesús con un corazón sencillo y humilde, reconociendo su condición; por eso ha penetrado en el corazón del Señor. El fariseo se ha mantenido en una actitud orgullosa y aunque ha invitado a Jesús a su casa, no ha entrado en relación de amistad con el Señor (cf. *Lc* 7, 44-47).

4. El profeta Isaías hace ver al pueblo de Israel que sus casas pueden ser derribadas por lluvias o seísmos, porque no tienen consistencia. En cambio, la casa de Dios (cf. *Is* 28, 16) está cimentada sobre la roca y no será destruida. Cristo se presenta como piedra angular, como fundamento de la construcción que es la Iglesia (cf. *Mt* 21, 42).

Hemos reconstruido este templo parroquial de Villalbilla, consagrado a Dios. Hemos colaborado diversas personas e instituciones: Obispado de Alcalá, Comunidad de Madrid, Ayuntamiento y Parroquia de Villalbilla. El diálogo fraterno y la sinergia entre todos han hecho posible esta obra. Cada uno en una medida distinta; pero todos hemos colaborado en una misma y única acción: la restauración de nuestro hermoso templo parroquial.

Ahora ha quedado este templo muy digno para celebrar los misterios del Señor; para pedir al Señor su misericordia, reconociéndonos pecadores y débiles ante el Señor; para escuchar su Palabra, que nos llena de vida; para participar en la Eucaristía, que es el alimento en nuestro camino terrenal.

Este templo, construido con hermosas piedras y de una buena armonía arquitectónica, es reflejo de la casa de Dios, es decir, de la Iglesia de Jesucristo.

5. Cada uno de nosotros somos como piedras vivas, que forman la Iglesia, San Pedro nos recuerda: «Acercándoos a él, piedra viva, desechada por los hombres, pero elegida, preciosa ante Dios, también vosotros, cual piedras vivas, entrad en la construcción de un edificio espiritual, para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios por mediación de Jesucristo» (*1 Pe* 2, 4-5).

Cada uno hemos de amoldarnos para encajar armónicamente y formar el hermoso Cuerpo de la Iglesia. Unas piedras sirven para basamento, otras para columnas, otras para sostener las bóvedas;

Como dice el libro de *El Pastor de Hermas*, los fieles cristianos somos esas piedras vivas: unas redondas, otras cuadradas, otras talladas. Las piedras hay que tallarlas para que encajen en la construcción; y hay que pulirlas para que cada una cumpla su función.

6. A las piedras vivas, que somos todos nosotros, también el Espíritu nos corta y nos talla, a base de cincel y martillo, para quitar lo que sobra y estorba; para

apartar lo feo y que aparezca lo más hermoso que hay en cada uno de nosotros. Vamos a pedirle al Espíritu Santo que haga en nosotros el mismo trabajo que hicieron los canteros con las piedras del templo parroquial. Se trata, además, de un trabajo conjunto; un trabajo en el que cada uno reconozca sus propias debilidades, como nos ha enseñado la mujer pecadora, para poder entrar en la casa de Dios.

Cada piedra realiza su propia función, como cada fiel cristiano realiza su propia misión. Y todos juntos formamos un único edificio vivo, fundamentado en Jesucristo, la piedra angular.

De la misma manera que ha sido restaurado este templo parroquial y se ha hecho un esfuerzo común para lograrlo, os pido que, de modo semejante, esta comunidad parroquial de Villalbilla se renueve, rejuvenezca y se vitalice.

7. Quiero agradecer la presencia significativa hoy de un buen número de sacerdotes: el Vicario General; D. Eliseo, el párroco actual, que ha sufrido con vosotros las dificultades de la obra y no poder usar el templo durante un tiempo; los sacerdotes que regentaron la comunidad cristiana de Villalbilla, a los que conocéis y apreciáis; también ellos fueron piedras vivas, que formaron parte de esta construcción parroquial; Don Matías, que es un “cuasi-párroco” en esta comunidad.

Quiero recordar a tantas personas, que ya no están aquí, porque partieron de este mundo al Padre, pero que también formaron parte de esta parroquia y aportaron su granito de arena.

A todos agradezco el esfuerzo común realizado, para construir, como con piedras vivas, esta comunidad cristiana.

8. Deseo recordar, finalmente, que hay otras comunidades cristianas, que no tienen un hermoso templo como el vuestro, para celebrar la fe y los misterios del Señor. D. Secundino, que fue aquí párroco y se encuentra hoy entre nosotros, celebra en un nuevo templo provisional de material prefabricado, en Torrejón de Ardoz.

Y existen también otras parroquias antiguas, cuyos templos necesitan una urgente reparación. No podemos contentarnos con tener nuestro templo restaurado; hay que ayudar a otras comunidades parroquiales, para que puedan tener un

templo digno y hermoso como éste. Hemos de poner nuestro esfuerzo para que todos los cristianos, en nuestra Diócesis y fuera de ella, puedan celebrar la fe en templos que reúnan buenas condiciones.

Hoy es un día de acción de gracias a Dios, por la restauración de este hermosísimo templo, donde volvemos a celebrar gozosamente los misterios del Señor.

¡Que Dios nos bendiga y que la Virgen María nos ayude a vivir con fidelidad a la misión, que el Señor nos encomienda a cada uno! Que así sea.

RESTAURACIÓN DEL TIEMPO DEL MONASTERIO DE CLARISAS DE SAN JUAN DE LA PENITENCIA

Alcalá de Henares, 24 de junio de 2007

Lecturas: *Is* 49, 1-6; *Sal* 138, 1-3.13-15; *Hch* 13, 22-26; *Lc* 1, 57-66.80.

1. Nacimiento extraordinario de Juan Bautista

1. Hemos escuchado en el Evangelio de San Lucas el nacimiento extraordinario de Juan Bautista. Para la mentalidad bíblica los nacimientos humanos extraordinarios indican una importante misión de dicha persona; el nacimiento de Juan es de este tipo. Este niño va a ser importante.

En primer lugar, Juan Bautista representa el inicio de una novedad histórica; Juan señala el final de una etapa (Antiguo Testamento); el final de lo viejo, de lo caduco; y el inicio de una nueva etapa en la humanidad: la presencia del Eterno en la historia; la Encarnación del Hijo de Dios en el tiempo. Ésta es la novedad más radical, que ha marcado la Historia humana desde sus inicios hasta el final de los tiempos. No ha habido, ni habrá jamás un acontecimiento histórico de esta importancia y magnitud.

Jesucristo, el Eterno, ha entrado en la historia, para que los humanos, que vivimos en el tiempo, pudiéramos seguir viviendo fuera del tiempo. Cristo se encar-

na —ésta es la gran novedad— para salvar al hombre y sacarlo de la condición mortal. El Eterno se hace temporal, para que los temporales seamos eternos. Ésta es la gran enseñanza de muchos Padres de la Iglesia.

2. El nacimiento del Precursor del Señor tenía que rodearse de unos signos, que indicaran que estaba ocurriendo algo grande y que estaba naciendo algo nuevo.

El nacimiento de Juan Bautista, que marca un hito importante en el ámbito de la Historia de la Humanidad, nos está recordando nuestro bautismo, que marca un hito importante en nuestra historia personal. Ambos nacimientos tienen unas consecuencias.

Nuestro bautismo, que hemos recordado con la aspersión del agua bendecida, significa una novedad radical en nuestra vida. El bautismo es un segundo nacimiento, real, histórico, ontológicamente verdadero. No es un símbolo infecundo; es un acontecimiento histórico, que nos hace realmente hijos de Dios y que pone en nuestro corazón humano la semilla de la inmortalidad.

2. Misión profética de Juan

3. Según el texto del libro de Isaías, el Señor hizo a Juan como profeta, cuya boca es «espada afilada» (*Is* 49, 2). El profeta habla en nombre de Dios y no debe decir lo que se le antoje, sino proclamar lo que Dios quiere transmitir a los coetáneos del profeta. La doctrina que el profeta proclama no es una enseñanza nacida del propio corazón, sino una enseñanza revelada por Dios, que está por encima de la temporalidad y de los avatares históricos.

A Juan Bautista Dios lo hace espada afilada, con una misión profética. Ser profeta y hablar en nombre de Dios es una tarea muy difícil; porque no es grato decir a los paisanos y contemporáneos el mensaje de Dios, que normalmente no suele gustar.

El profeta tiene que hablar del contenido de la Revelación; tiene que comunicar a los hombres un mensaje de salvación, que el hombre no siempre está dispuesto a aceptar, para cambiar su vida. El mismo Juan Bautista predicaba un bautismo de conversión en el Jordán, para preparar el camino del Señor (cf. *Lc* 3, 3-4), es decir, la presencia de Cristo en el mundo.

4. Dios hace al profeta «flecha bruñida» (*Is* 49, 2). Una saeta, disparada desde un arco tensado, golpea y hiere donde hace diana. Una saeta dirigida al corazón humano, al que desvela la verdad sobre ese mismo corazón, puede doler y no ser aceptada.

Juan es la voz que clama en el desierto (cf. *Is* 40, 3). Empieza su testimonio diciendo: «He ahí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo» (*Jn* 1, 36). Juan anuncia que ha llegado Jesucristo y que el amor de Dios está entre los hombres. Más que una denuncia de debilidades o pecados, que también lo es, fundamentalmente se trata del anuncio del amor de Dios al hombre.

Al hombre, que no quiere vivir el amor de Dios, le resulta incómoda esa profecía. Dios ama al hombre; quiere renovarlo; quiere asociarlo a su vida divina; quiere transformarlo y darle una vida nueva. Somos nosotros los que nos empeñamos en no querer aceptar la invitación de Dios. Nos encontramos más cómodos con nuestras pequeñeces, incluso con nuestras debilidades, como ocurre, a veces en el plano psicológico, al depresivo, a quien le resulta más cómoda su situación que afrontar la realidad.

Espiritualmente puede ocurrirnos lo mismo: estamos cómodos con la forma de vida, que nos hemos preparado y creemos que es dulce, halagüeña y que nos da felicidad; pero, a largo plazo, no es así. Un ejemplo lo podemos contemplar en la relación de una madre con su hijo: el niño pequeño quiere sus caprichitos, que le hacen daño, pero la madre se los niega, porque le ama. La actitud de la madre, en este caso, es denunciante y desagradable para su hijo, aunque ella no pretenda denunciar nada, sino solamente hacerle comprender al hijo que lo que ella le ofrece es mejor que lo que él pide. Pero el hijo no la comprende y prefiere seguir con sus caprichitos, en vez de hacer caso a la madre, que le quiere bien. Esta es, a veces, la actitud del hombre con el profeta de Dios.

5. Juan el Bautista, queriendo bien al hombre, anuncia a sus contemporáneos la presencia del Amor. Un ejemplo concreto es su denuncia de la relación del Rey Herodes con Herodías. Juan Bautista quiere anunciarle lo que es bueno, pero Herodes no quiere renunciar a lo que le hace daño, esto es, a vivir con la mujer de su hermano (cf. *Mc* 6, 17-19). A Herodes y a ella les molesta el anuncio de Juan, de tal manera que éste se juega la cabeza; y es decapitado. Pero Juan no pretendía hacer daño, sino anunciar lo que era bueno para los otros; pero no le entendieron.

También nosotros, como cristianos, tenemos una misión de profetas: Hemos de ser, a veces, espadas afiladas o flechas bruñidas, que molestan; pero no se hace por fastidiar a nadie, sino, al contrario, por anunciar al hombre un mensaje que le dignifica y lo eleva; que lo renueva y lo ensalza; que lo salva y diviniza.

Cabría poner muchos ejemplos de situaciones de faltas de amor en esta sociedad, que los cristianos denunciarnos. Faltas de amor a Dios y al prójimo: asesinatos, robos, manipulaciones, aprovechamiento del más débil; pecado, en definitiva. Pero denunciar eso molesta.

6. Os ofrezco un fragmento de la *Carta a Diogneto*, texto de los primeros años del cristianismo, donde se describe quiénes son los cristianos: “Su sistema doctrinal no ha sido inventado gracias al talento y especulación de hombres estudiosos, ni profesan, como otros, una enseñanza basada en autoridad de hombres. Viven en ciudades griegas y bárbaras, según les cupo en suerte, siguen las costumbres de los habitantes del país (...). Viven en la tierra, pero su ciudadanía está en el cielo. Obedecen las leyes establecidas, y con su modo de vivir superan estas leyes. Aman a todos, y todos los persiguen. Se los condena sin conocerlos. Se les da muerte, y con ello reciben la vida. Son pobres, y enriquecen a muchos; carecen de todo, y abundan en todo. Sufren la deshonra, y ello les sirve de gloria; sufren detrimento en su fama, y ello atestigua su justicia. Son maldecidos, y bendicen; son tratados con ignominia, y ellos, a cambio, devuelven honor. Hacen el bien, y son castigados como malhechores; y, al ser castigados a muerte, se alegran como si se les diera la vida. Los judíos los combaten como a extraños, y los gentiles los persiguen, y, sin embargo, los mismos que los aborrecen no saben explicar el motivo de su enemistad. Para decirlo en pocas palabras: los cristianos son en el mundo lo que el alma es en el cuerpo” (*Carta a Diogneto*).

Esta descripción sirve para referirse a los cristianos de todas las épocas. Juan Bautista es del siglo primero; pero todos los mártires y testigos de la fe podrían ser descritos también con este texto. Todas las persecuciones, que ha habido desde la época romana hasta el día de hoy, confirman lo dicho. Los cristianos molestan con su sola presencia; la madre, que le dice a su hijo que tiene que hacer una cosa que no le gusta, también molesta. Pero, tanto el cristiano como la madre del niño lo hacen por amor, no por importunar.

3. Anunciar a Jesucristo

7. San Juan Bautista, titular de este Monasterio, os pide, queridas Hermanas que formáis esta comunidad, que seáis espada afilada, flecha bruñida y profetas en nuestro tiempo. Nos lo dice también a todos los cristianos, que hemos recibido la filiación divina y la misión profética con las aguas bautismales; aunque nos resulte incómodo, no nos guste y no nos entiendan. No hacerlo sería traicionar a la misión de profeta.

Nuestra misión es anunciar la presencia de Cristo, que salva. Dice Isaías: «Poco es que seas mi siervo (...). Te hago luz de las gentes, para que mi salvación alcance hasta los confines de la tierra» (Is 49, 6). Nuestra tarea es anunciar un acontecimiento único en la historia: Jesucristo ha salvado al hombre y es el modelo del ser humano. Quien quiera ser verdaderamente hombre, debe asemejarse a Jesucristo. No ha habido jamás en la historia ningún profeta, ni fundador de otras religiones, que sea como Jesucristo. Podéis comparar los textos de las otras religiones con el Cristianismo: La diferencia es abismal.

Nuestra tarea es vivir la presencia salvadora de Jesucristo y anunciarla, como lo hizo Juan Bautista. Eso tiene sus implicaciones en nuestra vida, por supuesto. Pero esta es la actitud que salva: aceptar a Jesucristo en la propia vida, como salvador.

8. Juan Bautista es la voz, pero Cristo es la Palabra eterna (cf. *Jn* 1, 1-2.14). La voz empieza y termina, pero la palabra resuena y permanece. Al hablar se expresan unos contenidos; la voz termina, pero la palabra queda en el oyente. Cristo es la Palabra, que ilumina, que penetra en el corazón del oyente y lo renueva. Nosotros somos simples voces.

Estimados miembros del coro, cuando cantáis empleáis vuestra voz y transmitís un mensaje que no es vuestro. El canto del Gloria, que habéis entonado, es un himno de alabanza a Dios. La voz se pone al servicio de la Palabra. Juan Bautista se puso al servicio de la Palabra, Jesucristo; y así ha de hacerlo también el cristiano.

4. Templo restaurado

9. Hoy damos gracias a Dios por este hermoso templo restaurado. Ha sido muy fatigoso; han colaborado muchas personas e instituciones; el mero hecho de ponerse juntos a trabajar ha sido una gracia de Dios, que queremos agradecer. Una

obra de comunión está necesariamente inspirada por el Espíritu. Porque lo que es diabólico, es decir, “lo que divide” es obra o tentación de Satanás.

Este templo restaurado es símbolo de nuestra vida, renovada por el bautismo e iluminada por la Palabra de Dios. Este templo tiene hoy mucha más luz que tenía.

La Palabra de Dios ilumina la vida del hombre. El término “bautismo”, en su acepción griega se dice “*photismós*”, es decir, “iluminación”. Cuando hacemos fotos, hacemos una operación con la luz (“*fotos*”). Igual que el templo ha sido iluminado y renovado, y ahora está más precioso y bello, el bautismo es una renovación y una iluminación, que embellece al hombre.

10. Estimadas monjas, vosotras sois testigos de Jesucristo, Palabra de Dios encarnada. Con vuestra presencia, vuestro trabajo callado, vuestro silencio y oración proclamáis la novedad radical salvífica, que Cristo ha traído a la tierra. Vuestra forma de ser profetas es en silencio: rezando y alabando a Dios en una vida callada.

La forma de ser profetas los cristianos laicos es necesariamente distinta. La mía, como sacerdote y obispo, es también diferente a la vuestra. Me gustaría muchas veces estar callado, pero mi misión profética me obliga a hablar, aunque no me guste.

11. Entre todos los cristianos se construye una sociedad nueva. Los cristianos tenemos una misión insustituible, al igual que Juan Bautista y los cristianos de todos los siglos. Si en este momento de la historia no hubiera cristianos en el mundo, nuestra sociedad estaría peor. Es un hecho indudable, avalado por dos mil años.

Gracias a la presencia iluminante de la Palabra de Dios en el mundo, la sociedad humana ha hecho un proceso de renovación y humanización; o lo que es lo mismo, de divinización.

Demos gracias a Dios, en esta Eucaristía, en primer lugar por la presencia de esta Comunidad monástica en Alcalá. Vuestra presencia, queridas hermanas, como personas de fe y profetas de Dios, que nos habláis de él con vuestro silencio, es un gran regalo.

Demos también gracias a Dios por la renovación y restauración de este templo. Queremos agradecer la colaboración de todos los que han tomado parte en ella.

Le pedimos a la Virgen María, que llevó en su seno a Cristo y quedó iluminada en su existencia, que nos ayude a descubrir la luz de Cristo. Viviendo con esa luz, seremos como pequeñas antorchas, que podrán iluminar la sociedad en la que vivimos. Que así sea.

ENCUENTRO CON LOS PADRES DE LOS SACERDOTES DIOCESANOS

Villarejo de Salvanés, 30 de Junio de 2007

Lecturas: *Gn* 18, 1-15; *Sal Lc* 1, 46-55; *Mt* 8, 5-17.

1. La lectura del libro del Génesis nos presenta el pasaje en el que unos mensajeros de Dios se aparecen a Abrahán, en el encinar de Mambré. Estos tres personajes traen una buena noticia para Abrahán y su familia: el nacimiento de su hijo Isaac (cf. *Gn* 18, 10). La reacción de Sara, la mujer de Abrahán, es de risa incrédula, como hemos escuchado (cf. *Gn* 18, 12). La risa puede tener muchos motivos; en este caso Sara se ríe, porque no se cree el mensaje de los hombres de Dios. Cuando uno de ellos le acusa de haberse reído por no haber creído, Sara tiene que rectificar.

Existe un fuerte contraste entre la actitud de Sara ante el anuncio de un hijo, con una risa incrédula, y la actitud de la Virgen María, ante el anuncio del Nacimiento de su Hijo. Sara, por ser anciana, no podía tener hijos; María, porque no estaba aún casada y no convivía con varón. Pero María, la Virgen, no se ríe incrédulamente, sino que se fía y dice: “Hágase” (*Lc* 1, 38); y se cumplió la palabra del mensajero.

En Sara también se realizó el anuncio profético, porque la omnipotencia y bondad de Dios están por encima de todo, respetando la libertad; pero Sara

tuvo que excusarse. Hay, pues, reacciones distintas entre Sara y la Virgen de Nazareth.

2. A veces nosotros tenemos la actitud de Sara. Cuando Dios nos anuncia su salvación, concretada en una buena noticia, como por ejemplo una vocación de especial consagración, puede que tengamos la tentación de hacer como Sara y reírnos, incrédulamente, pensando que eso no puede ocurrir. Porque nos falta un poco de fe, para aceptar lo que Dios quiere de nosotros; o para asumir lo que Dios nos propone, o tiene planeado para alguien de nuestra familia.

Como sabéis, algunos padres no acaban de aceptar la vocación al sacerdocio de sus hijos. Actúan como Sara y se preguntan, incrédulos: “¿Mi hijo cura? No es posible”. Después, también como Sara, rectifican y se excusan; pero, al principio, no aceptaron el proyecto de Dios. La reacción de la Virgen María es la contraria. Hoy la veneramos bajo la advocación de la “Virgen de la Victoria”, en memoria de la batalla de Lepanto, como ya se nos ha explicado.

La Palabra de Dios nos ofrece su mensaje y nos habla de Dios mismo. No tiene que ser necesariamente una profecía concreta sobre algo que se va a realizar, pero, al fin y al cabo, la Palabra de Dios es el mensaje de salvación. Puede que pongamos cierta resistencia en aceptar su Palabra, y quizá nos reímos, porque nos cuesta aceptar que va a realizarse. Pero Dios puede eso y mucho más; y la fe es capaz de vencer la primera reacción de no aceptación.

3. En las lecturas de hoy hay un hilo conductor en todas ellas, que es la fe. Le pedimos a María que nos ayude a reaccionar como ella; que sepamos aceptar lo que nos venga de Dios, sin reparos, sin pegos, sin problemas. Respondámosle como Ella: «Hágase en mí según tu Palabra» (*Lc* 1, 38), sea lo que sea. Se trata de vivir la confianza plena en el Señor. Cabe aplicarlo a mil situaciones distintas: Experiencias diversas, situaciones buenas y no tan buenas, enfermedades. No hagamos como Sara, que se rió. “Quien ríe último, ríe mejor”, dice el refrán español. El Señor nos presenta su plan y nosotros nos reímos como Sara, sin aceptar su Palabra; pero Él sabe que, al final, nos toca aceptar su voluntad, aunque nos cueste. Mediante la fe, aceptamos lo que nos dice Dios y nos fiamos de Él.

En el Evangelio proclamado, el centurión ha demostrado también una actitud de fe. Le pide a Jesús que vaya a su casa para curar a su criado, que está enfermo” (cf. *Mt* 8, 6). Pero añade: «Señor, no soy digno de que entres bajo mi

techo; basta que lo digas de palabra y mi criado quedará sano» (*Mt* 8, 8). Y el Señor le respondió: «Anda; que te suceda como has creído» (*Mt* 8, 13).

4. Se puede realizar lo que creemos; porque la fe tiene el poder de Dios. Según el Evangelio, Jesús se encontró con mucha gente necesitada: enfermos, endemoniados, necesitados (cf. *Mt* 8, 16) y los curó a todos. Jesús cura a todos los enfermos y ayuda a todos los necesitados, que se le presentaban; porque tiene la fuerza de Dios. Ya en casa, Jesús curó a la suegra de Simón.

Todos ellos, una vez sanados, se ponen a servir a Jesús. Sobre todo la suegra de Simón, de la que dice el texto que «se le pasó la fiebre; se levantó y se puso a servirles» (*Mt* 8, 15). Una persona que ha sido tocada y curada por Jesús, física, espiritual o psicológicamente, es sanada, porque la cercanía de Jesús sana y cura; a partir de ese momento está en condiciones de servir a Jesús. Este término “servir” expresa también el seguimiento de Jesús: El que se pone a servir, se hace discípulo del Maestro.

Todos hemos sido curados por el Señor y a todos nos invita seguirle: unos de una forma y otros de otra. Los fieles cristianos laicos desde sus responsabilidades familiares y civiles; las personas de especial consagración desde su propia misión eclesial.

Estimados padres de sacerdotes, deseo agradecer a Dios la vocación sacerdotal que ha regalado a vuestros hijos. Y a vosotros os agradezco la comprensión y la ayuda que les prestáis, para que puedan servir fielmente al Señor en la misión que les ha encomendado.

Pidamos a la Virgen María, bajo la advocación de Virgen de la Victoria, que supo decir a Dios “Hágase tu voluntad”, su maternal intercesión, para que nos ayude a fiarnos de Dios y aceptar su voluntad en nuestra vida. Amén.

OTROS ACTOS

Día 1. Confirmaciones en la parroquia de los Santos Justo y Pastor (Tielmes). Vicario episcopal: Pedro-Luís Mielgo.

Día 7. Confirmaciones en la parroquia de San Juan Bautista (Talamanca). Vicario general: Florentino Rueda.

Día 8. Confirmaciones en la parroquia de la Asunción de N^{ra} S^a (Valdepiélagos). Vicario general: Florentino Rueda.

SOLEMNIDAD DE LOS SANTOS NIÑOS
JUSTO Y PASTOR, PATRONOS DE LA DIÓCESIS
DE ALCALÁ

Catedral de Alcalá de Henares,
6 de Agosto de 2007

Lecturas: 2 *Mac* 7,1-2.9-14; *Rm* 5, 1-5; *Mt* 10, 28-33.

La fortaleza de la fe y la fragilidad humana

1. Hemos escuchado en la lectura del segundo Libro de los Macabeos el espeluznante relato del martirio de los siete hermanos, arrestados junto con su madre por las autoridades, en la época de la rebelión llamada de los *Macabeos* –por ser este el nombre de la familia judía que la inició– contra la invasión helénica de Israel, en el siglo II antes de Cristo.

Los siete hermanos, junto con su madre, fueron forzados a renegar de Dios y de las prácticas de su religión judía, a costa de perder la vida. Fueron horriblemente torturados hasta morir, pero permanecieron fieles a Dios, a quien amaban más que a este mundo y más que a la propia vida. Por eso murieron confesando la fe en Dios y en la resurrección de los muertos (2 *Mac* 7, 14).

El fragmento, que se ha proclamado, se detiene en el martirio del cuarto de los siete hijos. Pero los siete fueron cruelmente asesinados delante de su madre, que los vio morir, y finalmente ella, confesando la fe del mismo modo, afrontó también la tortura y el martirio hasta la muerte (cf. *2 Mac* 7, 41).

Siete hermanos aún jóvenes, incluso niños, junto con su madre, poco podían hacer ante los soldados del ejército del rey. Aparentemente podían oponer escasa resistencia a lo que sus asesinos se propusieran. Sin embargo, en su debilidad y flaqueza, revelaron ser más fuertes que los poderes de este mundo. Con la paz interior y la firmeza en sus convicciones religiosas, lograron vencer a quienes les torturaban. Los vencedores no fueron los asesinos sino los mártires, porque se mantuvieron fieles a su fe y nada logró hacerles cambiar de parecer, ni siquiera los peores tormentos. Los verdugos fueron derrotados, porque no consiguieron su propósito. En la aparente debilidad y fragilidad humanas se manifestó, en toda su amplitud, la fuerza de Dios, que les mantuvo firmes hasta el final.

2. A lo largo de la Historia ha sido innumerable, y sigue siendo todavía, la multitud de testigos, que han padecido la muerte en una total debilidad y fragilidad humanas, por confesar su fe en Dios y por su condición de cristianos. En la raíz de nuestra iglesia alcalaína está esta misma experiencia del martirio, también en dos criaturas frágiles y débiles: los Santos Niños Justo y Pastor, quienes, aparentemente, poca o ninguna resistencia podían presentar a las amenazas y a las espadas de sus verdugos.

También los Santos Niños fueron vencedores. De ellos hacemos hoy memoria y les tributamos el honor merecido a su valentía. Quienes los condenaron no lograron su propósito y, por tanto, fueron derrotados. Más aún, a lo largo de la historia, los Santos Niños han sido siempre honrados, mientras que nadie se acuerda, salvo con infausta memoria, de quienes cometieron las viles atrocidades contra los mártires.

Justo y Pastor derramaron su sangre por Cristo; fueron como el grano de trigo, que cae en tierra buena y muriendo da buen fruto (cf. *Jn* 12, 24). Ellos se han convertido, por el derramamiento de su sangre, en semilla de nuevos cristianos y han permitido que la Iglesia y la fe crecieran y se consolidaran a lo largo de los siglos allí donde, en su sencillez y debilidad, se mantuvieron fieles a Dios hasta la muerte, por la fuerza de la fe y del amor.

Así, los aparentemente frágiles y derrotados fueron los que en realidad vencieron, porque dieron frutos de vida eterna y de fe; y los aparentemente vencedores y dominadores por las fuerzas de este mundo, fueron derrotados, porque sus vidas quedaron en la esterilidad.

3. Queridos complutenses, estos hechos no son lejanos a nosotros en el tiempo ni el espacio. Hoy, la Iglesia del siglo veintiuno, la Iglesia que peregrina en Alcalá, sigue dando testimonio de Jesucristo con valentía, a pesar de sus debilidades y a pesar de los peligros que la rodean.

Por eso, cobremos ánimo y fuerzas para llevar a cabo nuestra misión. Porque, incluso a través de la humillación y la debilidad de los cristianos, aparentemente inútiles ante la muerte y los poderes de este mundo, Dios lleva adelante en el mundo su obra de salvación y convierte la fragilidad en fortaleza, la muerte en vida, la cruz en resurrección.

Escuchando a san Pablo, en su primera carta a los *Corintios*, sobre la misión del apóstol y su exhortación a entregarnos como testigos de la fe, nos encontramos con que sus palabras cobran, en nuestra sociedad de hoy, un terrible realismo y una actualidad patente: «Por tanto, que nos tengan los hombres por servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios. Porque pienso que a nosotros, los apóstoles, Dios nos ha asignado el último lugar, como condenados a muerte, puestos a modo de espectáculo para el mundo, los ángeles y los hombres. Nosotros, necios por seguir a Cristo; vosotros, sabios en Cristo. Nosotros, débiles; mas vosotros, fuertes. Vosotros llenos de gloria; mas nosotros, despreciados. Hasta el presente, pasamos hambre, sed, desnudez. Somos abofeteados, y andamos errantes. Nos fatigamos trabajando con nuestras manos. Si nos insultan, bendecimos. Si nos persiguen, lo soportamos. Si nos difaman, respondemos con bondad. Hemos venido a ser, hasta ahora, como la basura del mundo y el desecho de todos. No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús como Señor, y a nosotros como siervos vuestros por Jesús» (*1 Co* 4, 1.9-13.16).

El discípulo de Cristo no puede ufanarse de su propia fuerza, porque vive en debilidad y su única fuerza es la de Dios. Fortalecido con ese don y a ejemplo suyo, perdona, ama, bendice y soporta las adversidades e incomprensiones. Todo cristiano está llamado a ser testigo de Jesucristo, aún en medio de sus debilidades.

4. San Pablo, en su segunda carta a los *Corintios*, prosigue con la misma idea, remarcando que la fuerza de Dios se manifiesta en la debilidad humana: «Llevamos este tesoro en recipientes de barro, para que aparezca que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no de nosotros. Atribulados en todo, mas no aplastados; perplejos, mas no desesperados; perseguidos, mas no abandonados; derribados, mas no aniquilados. Llevamos siempre en nuestros cuerpos por todas partes el morir de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo» (2 Co 4, 5-10).

El Apóstol nos anima a no desfallecer, sino más bien a cobrar ánimos, sabiendo que el Señor recompensa con la vida eterna: «Por eso no desfallecemos. Aun cuando nuestro hombre exterior se va desmoronando, el hombre interior se va renovando de día en día. En efecto, la leve tribulación de un momento nos produce, sobre toda medida, un pesado caudal de gloria eterna» (2 Co 4, 5-17).

Así, aunque en nosotros actúe la muerte, a través de nuestra entrega actúa en el mundo la vida, porque participamos de la gracia de Cristo, por cuya humillación y muerte entró en el mundo la resurrección y la salvación. La Iglesia se mantiene firme en medio de las luchas de este mundo, porque, a través de su entrega, actúa misteriosamente la gracia de Dios, que conduce a la victoria final.

5. También el evangelista Mateo nos recuerda hoy que, aún en nuestra debilidad, no hemos de acobardarnos: «No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma... ¿No se venden un par de gorriones por unos cuartos? Y, sin embargo, ni uno solo cae al suelo sin que lo disponga vuestro Padre. Pues vosotros hasta los cabellos de la cabeza tenéis contados. Por eso, no tengáis miedo; no hay comparación entre vosotros y los gorriones. Si uno se pone de mi parte ante los hombres, yo también me pondré de su parte ante mi Padre del cielo» (Mt 10, 28-32)

La providencia de Dios es mucho más grande que todas nuestras expectativas y deseos. Nuestra vida está en manos de Dios, quien, como Padre y Creador nuestro, nos cuida y sabe lo que necesitamos. Pero tal vez nuestra actitud hacia tan buen Padre no esté en consonancia con su amor y bondad hacia nosotros. Muchas veces le pedimos que se hagan realidad nuestros proyectos; pero nos cuesta aceptar su voluntad, que es, con mucho, lo que más nos conviene.

A ejemplo de los Santos Niños Justo y Pastor, cuya fiesta hoy celebramos, imploramos a Dios para que se haga su voluntad en nosotros. Y pedimos a los Santos Niños que intercedan por nosotros, para que sepamos ser testigos audaces, como ellos lo fueron, del inmenso amor de Dios a los hombres. Amén.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

DEFUNCIONES

El día 24 de agosto, falleció D. Ángel Santos Castro, hermano del Rvdo. D. José Antonio Santos Castro, Párroco de la Purísima Concepción de Ajalvir y Administrador Parroquial de Ntra. Sra. de los Berrocales, de Paracuellos de Jarama.

El día 28 de agosto, falleció D. Alfonso de Gea Martín, padre del Rvdo. D. Eliseo de Gea Gil, Párroco de la Parroquia de la Asunción de Ntra. Sra., en Villalbilla y Capellán del Centro Penitenciario “Madrid I”, en Alcalá de Henares.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.

DECRETOS:

Prot. 130/07

DECRETO SOBRE LA CELEBRACIÓN DE LA EUCARISTÍA EN RITO HISPANO-MOZÁRABE

*Nos, Dr. D. Jesús CATALÁ IBÁÑEZ,
por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica
Obispo de Alcalá de Henares*

El Concilio Vaticano II declaró que “*la Iglesia concede igual derecho y honor a todos los Ritos legítimamente reconocidos y quiere que en el futuro se conserven y fomenten por todos los medios*” (*Sacrosanctum Concilium* 4).

Fieles a este espíritu, los Obispos de España, reunidos en la XLV Asamblea Plenaria (17-22 de noviembre de 1986), aprobamos el texto del *Ordo Missae* del Rito Hispano Mozárabe, que fue confirmado por la Santa Sede el 17 de julio de 1988, mediante el Decreto *Hispaniarum Ecclesiae*. A consecuencia de ello, ha surgido en diversas diócesis españolas y no pocos monasterios el interés por la antigua Liturgia visigótica, que perduraba actualmente como Rito de los Mozárabes. Su venerable antigüedad y la riqueza espiritual de su teología y celebración han merecido la alabanza de los últimos Papas y el desarrollo de una serie de estudios científicos, orientados a mantener esta liturgia de cuño hispano. Todo ello con la

finalidad de que no sólo las familias mozárabes sino todos los fieles católicos puedan participar en ella de manera más consciente, plena y activa.

Cuando se adoptó la Liturgia romana, muchos usos hispanos permanecieron entre nosotros. Pero fue en tierras de la archidiócesis de Toledo donde se continuaron celebrando los misterios del Señor según nuestro antiguo Rito propio y peculiar.

La Diócesis Complutense, creada en el siglo quinto de nuestra era y suspendida en el siglo undécimo por la presencia del Islám, quedó integrada en la sede toledana. A finales del siglo XIX fue creada la Diócesis Madrid-Alcalá, desmembrada de la Archidiócesis de Toledo. Y finalmente, en 1991, es restaurada la antigua Diócesis Complutense con el nombre de Alcalá de Henares.

Nuestra Diócesis nació por la presencia de los Santos Niños Justo y Pastor en *Complutum*, mártires de la persecución de Diocleciano. Desde entonces ha conservado una vinculación histórica y espiritual con los usos de la tradición litúrgica hispana.

Nos ha parecido oportuno, por tanto, a tenor de las Normas de Aplicación del Misal Hispano-Mozárabe, que se ofrezca la posibilidad de celebrar de manera estable la Eucaristía en el Rito Hispano-Mozárabe en nuestra diócesis de Alcalá de Henares, en algunos lugares vinculados a esta venerable tradición.

En virtud de ello, habiendo consultado a nuestro Delegado Diocesano de Liturgia, que ha informado favorablemente,

DISPONGO

1. Se constituye una Capellanía, formada por un grupo de presbíteros, designados por el Obispo diocesano y debidamente formados, que se encargarán de celebrar la Eucaristía en Rito Hispano-Mozárabe en la Diócesis de Alcalá de Henares.
2. Los celebrantes se prepararán debidamente, tanto en el aspecto histórico-doc-trinal sobre la liturgia hispana y la Misa hispano-mozárabe como en los aspectos litúrgicos y ceremoniales, instruyendo también a los que asistan a estas celebraciones, a fin de conseguir una participación consciente, activa y fructuosa.

3. Para la celebración de la Eucaristía en este venerable Rito, se habrá de adoptar estrictamente el Ordinario de la Misa y los textos del Propio del Misal Hispano-Mozárabe, así como observar en todo las prescripciones establecidas en el mencionado Misal.
4. El Obispo nombrará un Responsable de la Capellanía, encargado de la preparación y la supervisión de la celebración de la Eucaristía en el Rito Hispano-Mozárabe en nuestra Diócesis, en coordinación con el Delegado Diocesano de Liturgia.
5. Autorizo la celebración de la Eucaristía en Rito Hispano-Mozárabe, siempre que se den las oportunas circunstancias pastorales, en la Catedral-Magistral, a tenor de las disposiciones del Misal Hispano-Mozárabe.
6. Para la celebración ocasional de la Eucaristía en Rito Hispano-Mozárabe en otros lugares de culto de la Diócesis se necesita licencia expresa del Obispo diocesano.

Publíquese este Nuestro Decreto, que en su original consta de dos folios rubricados y sellados por Nuestro Canciller, en el Boletín Oficial de la Archidiócesis y transmítase la documentación correspondiente al Arzobispo de Toledo, en su calidad de Superior responsable del Rito Hispano-Mozárabe, a tenor del n. 160 de las Normas de Aplicación del Misal.

Dado en Alcalá de Henares, a seis de agosto del año dos mil siete.

† Jesús Catalá Ibáñez
Obispo Complutense

Por mandato de Su Excia. Rvdma.
José-Ignacio Figueroa Seco

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO JULIO - AGOSTO 2007

JULIO

Día 1. Participa en la Eucaristía con motivo del Aniversario del Pontificado de Benedicto XVI (Catedral Almudena-Madrid).

Día 2. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 3. XXXI Aniversario de la Ordenación sacerdotal del Obispo y VIII Aniversario de la toma de posesión como Obispo de Alcalá. Audiencias.

Día 4. Asiste al Acto de Investidura como “Doctor Honoris Causa” del Card. Antonio Cañizares (Valencia).

Día 5. Reunión del Consejo episcopal.

Día 6. Audiencias.

Días 7-9. Despacha asuntos en la Curia diocesana.

Día 10. Audiencias.

Día 12. Reunión del Consejo episcopal.

Día 13. Por la mañana, reunión de catequetas (Conferencia Episcopal-Madrid). Por la tarde, audiencias.

Día 14. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 15. Por la mañana, despacha asuntos de la Curia diocesana. Por la tarde, visita el Monasterio de Clarisas de San Diego (Alcalá).

Día 16. Audiencias.

Días 17-24. Peregrinación a Grecia (Ruta de San Pablo).

Día 25. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 26. Participa en la reunión del Secretariado para el Sosténimiento de la Católica (Conferencia Episcopal-Madrid).

Días 28-29. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 30. Por la mañana, audiencias. Por la tarde, asiste a la Conferencia de Mons. Francisco Gil Hellín sobre “Evangelium vitae” (Casa de Emaús - Torremocha).

Día 31. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

AGOSTO

Día 1. Preside la Eucaristía con motivo de la Peregrinación de los Jóvenes a Roma (Catedral-Alcalá).

Días 2-5. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 6. Preside la Eucaristía y la Procesión, con motivo de la solemnidad de los Santos Niños, Justo y Pastor, Patronos de la Diócesis.

Días 7-9. Viaje a Roma con motivo de la “Misión Joven”.

Día 8. Celebración eucarística en la Basílica de San Pedro (Roma).

Día 9. Por la mañana, Encuentro de los jóvenes con el Papa Benedicto XVI (Castellgandolfo).

Por la tarde, celebración eucarística en la Basílica de San Pablo Extramuros (Roma).

Días 10-20. Estancia en Italia.

Días 21. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Días 22-30. Estancia en Valencia.

Día 31. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

Carta Pastoral del Sr. Obispo de Getafe, con motivo del
Congreso de Apostolado Seglar

**“OS HE DESTINADO PARA QUE VAYÁIS
Y DEIS FRUTO”
(Jn 15,16)**

A los sacerdotes y diáconos
A los religiosos y religiosas
A todos los fieles laicos

Queridos hermanos y amigos:

En diversas ocasiones el Consejo Diocesano de Pastoral me ha sugerido la idea de celebrar un Congreso de Apostolado Seglar con el fin de conocer, fortalecer y dar mayor unidad a las diversas realidades de apostolado seglar que tenemos en nuestra Diócesis. Realmente el apostolado de los laicos, que brota de su misma vocación cristiana y de su llamada a la santidad, es un elemento esencial para que la luz de Cristo llegue a todas las realidades humanas. Y las circunstancias especiales de nuestra Diócesis, con un gran aumento de su población y con una presencia muy importante de jóvenes, está pidiendo a los laicos una fuerte conciencia de su vocación y misión en el mundo.

Por eso he acogido con mucho interés esta propuesta y animo a todos a participar activamente en ella.

1.- Alabad al Señor, porque es bueno.

El Congreso Diocesano de Apostolado Seglar, que iremos preparando a lo largo de este curso y que culminará, con la ayuda del Señor, los días 26 y 27 de abril de 2008, tiene que suponer para todos un ponerse a la escucha del Espíritu Santo. Mediante la experiencia de fe, los testimonios y la oración de muchos laicos cristianos, fieles a su vocación bautismal y comprometidos en su vida apostólica, el Señor quiere hablarnos y todos hemos de estar atentos: *El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias.* (Ap 2,7).

Este acontecimiento diocesano, en el que deseo que haya la mayor participación posible, tiene que servirnos para dar gracias a Dios por los muchos dones que nos está concediendo; tiene que ayudarnos a conocer mejor y asumir con mayor lucidez las ricas enseñanzas del Concilio Vaticano II y la abundante doctrina postconciliar sobre el apostolado de los laicos; y tiene que imprimir en nuestra diócesis, siguiendo el rastro de la Misión-Joven, un impulso misionero que llene todas nuestras actividades e instituciones. Este es el lema de nuestro Congreso: *Os he destinado para que vayáis y deis fruto* (Jn 15,16).

En los pocos años de vida de nuestra joven Diócesis de Getafe, Dios nos está bendiciendo y estamos siendo testigos de muchos signos de su misericordia. Muchos laicos, jóvenes y adultos, hombres y mujeres, matrimonios y consagrados, en los más diversos campos del apostolado seglar están siendo semilla fecunda de una humanidad nueva nacida del amor de Cristo. Debemos dar gracias a Dios por la conciencia, cada vez más clara, que muchos van adquiriendo de su dignidad de bautizados, que les va haciendo vivir con gozo su encuentro con Cristo y les va impulsando a compartir con otros la alegría de este encuentro. Estamos viendo cómo, en el mundo de los jóvenes, Jesucristo está siendo anunciado por los mismos jóvenes; en el mundo de la cultura, en los Colegios, Institutos y Universidades, un importante número de cristianos está abriendo caminos para el diálogo entre la fe y la razón, entre el evangelio y la inteligencia, para que la luz de Cristo llene de sentido la vida de muchos niños, jóvenes y adultos que viven envueltos en un mar de incertidumbres; y en el mundo de la familia, el testimonio de la belleza del plan de Dios sobre el matrimo-

nio y la vida, manifestado, experimentado y vivido felizmente por un número creciente de familias cristianas está siendo fuente de múltiples iniciativas pastorales. Nos llena de alegría el impulso que poco a poco, pero con claridad de objetivos y gran amor a la Iglesia, va adquiriendo en nuestra diócesis la Acción Católica y el Movimiento de Cursillos de Cristiandad; vemos con mucha esperanza la renovación espiritual y apostólica de bastantes Cofradías, Hermandades y Asociaciones de Fieles; y nos sentimos muy contentos al ver cómo en nuestra diócesis, igual que en toda la Iglesia, los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades tienen una presencia significativa y están siendo escuelas de santidad y de fuerte pertenencia eclesial.

El Congreso de Apostolado Seglar tiene que recoger toda esta riqueza y darla a conocer. *Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos* (Mt 5,16).

2.- Jesús, viendo a la multitud sintió compasión.

A la vez que damos gracias a Dios tenemos también que abrir los ojos para contemplar, con la compasión de Cristo, la realidad de una sociedad que, alejándose de Dios, se está alejando también de forma alarmante del hombre mismo, de su dignidad y de sus derechos más esenciales: una sociedad muy vacía de valores que está generando grandes tensiones sociales, la destrucción de muchas familias y la confusión y el sufrimiento de un gran número de personas, especialmente niños y jóvenes.

Tenemos que ver también cómo todo esto repercute en la vida misma de la Iglesia y en el modo de ser y de actuar de no pocos bautizados. Ciertamente este clima de secularismo generalizado que estamos viviendo afecta de forma muy negativa a muchos creyentes deficientemente iniciados en la fe. Muchos sienten la tentación de alejarse de la Iglesia y, por desgracia, se dejan contagiar por la indiferencia religiosa del ambiente o aceptan compaginar su débil vida cristiana con los valores de la cultura dominante.

El proceso de reflexión y oración que va a poner en marcha el Congreso tiene que producir en toda la Diócesis una revitalización interna y un fuerte impulso misionero. La misión no es algo que se añade a la vocación cristiana. La misión

forma parte de la vocación. Como nos recuerda el Vaticano II, la vocación cristiana es por su misma naturaleza vocación al apostolado.¹ Y el apostolado no es otra cosa que el anuncio de Cristo. Tenemos que sentir la urgencia de anunciar a Cristo con el testimonio de vida y con la palabra. El anuncio de Cristo, antes de ser un compromiso estratégico y organizado es, sobre todo comunicación personal y directa de nuestra experiencia de amor a Cristo y a su Iglesia. La madurez evangélica tanto en las personas como en los grupos se manifiesta, de modo particular, en su celo misionero y en su capacidad de ser testigos de Cristo en todas las situaciones y en todos ambientes sociales, culturales o políticos. La vocación propia de los laicos, nos dice el Concilio Vaticano II consiste en “buscar el Reino de Dios ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según Dios. Viven en el mundo en todas y cada una de las profesiones y actividades del mundo y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social que forma como el tejido de la existencia. Es ahí donde Dios llama (...) para que desde dentro, como el fermento, contribuyan a la santificación del mundo”².

Doy las gracias a los que habéis tenido la iniciativa de promover y organizar este Congreso e invito a toda la Diócesis a participar en él promoviendo en todas las parroquias, movimientos y comunidades, algún grupo de reflexión. Pidamos al Señor que nos ayude a vivirlo como una oportunidad para sentir con urgencia la llamada a la misión.

3.- “Reconoce , oh cristiano, tu dignidad” (S. León Magno).

Para que los laicos asuman en la Iglesia el papel evangelizador que les corresponde es de gran importancia clarificar bien lo que significa la verdadera identidad cristiana. Es necesario despertar la conciencia dormida de muchos cristianos para descubrirles los sólidos fundamentos de nuestra fe, de nuestro bautismo y de nuestra vocación de santidad; y es urgente animarles a un mayor compromiso apostólico. Hay preguntas esenciales que ningún cristiano debe evitar: ¿qué he hecho de mi bautismo y de mi confirmación? ¿Es Cristo verdaderamente el centro de mi vida? ¿Qué sentido tiene en mi vida la oración? ¿Qué significan para mí la Eucaristía y el sacramento de la Reconciliación? ¿Vivo mi vida como una vocación y una misión?

¹ Concilio Vaticano II. *Apostolicam actuositatem*, 2

² Concilio Vaticano II. *Lumen gentium*, 31

Queridos hermanos, que vivís vuestra fe en medio de las vicisitudes del mundo: ¡Escuchad la llamada de Cristo! La Iglesia os necesita y cuenta con vosotros. Cristo os envía a ese mundo en el que estáis para llevar la luz del evangelio a muchas gentes que están perdidas, como ovejas sin pastor (cf. Mt 9,36). ¡Ayudadles a descubrir su dignidad y su vocación! “La promoción y la defensa de la dignidad y de los derechos de la persona humana, hoy más urgente que nunca, exige la valentía de personas animadas por la fe, capaces de un amor gratuito y lleno de compasión, respetuosas de la verdad del hombre, creado a imagen de Dios y destinado a crecer hasta llegar a la plenitud de Cristo Jesús (cf. Ef 4,13). No os desaniméis ante la complejidad de las situaciones. Buscad en la oración la fuente de toda fuerza apostólica; hallad en el evangelio la luz que guíe vuestros pasos”³.

Ante los muchos problemas que tenemos delante y cuya complejidad muchas veces nos desborda no hemos de tener miedo. Cristo, que nos ha enviado al mundo, camina a nuestro lado. *Lo que tengáis que hablar se os comunicará en aquel momento. Porque no seréis vosotros los que habléis, sino el Espíritu del Padre el que hablará por vosotros* (Mt 10,19-20). El evangelio y, sobre todo, la intimidad con el Señor nos hará fuertes para abrir en este mundo caminos de libertad, paz y justicia, fundamentados en la verdad sobre el hombre, en la comunión y en la solidaridad.

Afiancemos nuestra identidad cristiana: una identidad cristiana firme y clara. La forma que hoy se emplea para desanimar a los cristianos y destruir la Iglesia consiste en proponer modelos de vida que siembran en los discípulos de Cristo confusión y ambigüedades. La cultura que vivimos del llamado “pensamiento débil” genera personalidades frágiles, fragmentadas e incoherentes. “El dogma de lo “políticamente correcto” se convierte en un imperativo absoluto, que contradiciéndose a sí mismo, alimenta un peligroso proceso de homologación. Y, a pesar de sus continuas llamadas a la tolerancia, de hecho no tolera la más mínima diversidad. En la actual sociedad pluralista toda expresión explícita de la propia identidad cristiana viene etiquetada como fundamentalismo o integristismo. Por ello la fe se convierte en un hecho rigurosamente confinado a la esfera de la vida privada”⁴.

³ Juan Pablo II. Mensaje al Congreso Internacional del Laicado Católico, n° 4 (21 de Noviembre de 2000)

⁴ Mons. Rilko. Congreso de Apostolado Seglar. Madrid 2004

La sociedad de hoy, dominada por una cultura secularista y agnóstica, sólo acepta a los cristianos “invisibles”, los cristianos que no dan la cara, los cristianos acomodaticios que fácilmente integran acriticamente en su vida los “postulados” y los “dogmas” de lo “políticamente correcto”. Hay muchos cristianos sólo de nombre que, por temor o por ignorancia, corren tras los dictados de la cultura dominante imitando los discursos de este mundo y olvidando quienes son.

Pero frente a esto, tenemos que reaccionar con claridad y valentía. Hoy, más que en otras épocas, se necesitan cristianos coherentes, con una fuerte conciencia de su vocación y de su misión. Para un cristiano ser “uno mismo” es fundamental. “El nuestro es un tiempo de continuo movimiento, que a menudo desemboca en el activismo, con el riesgo del “hacer por hacer”. Tenemos que resistir a esa tentación, buscando el *ser* antes que el *hacer*”⁵. Tenemos que vivir intensamente la esencia del cristianismo. Y la esencia del cristianismo es el encuentro con Cristo: un Cristo vivo en la Iglesia. Tenemos que redescubrir el cristianismo como un acontecimiento real que ocurre aquí y ahora en nuestras vidas, como ocurrió en las vidas de los primeros discípulos. El cristianismo no es una doctrina por aprender, ni tampoco un conjunto de preceptos morales. El cristianismo es una Persona, la Persona viva de Cristo que hay que encontrar y acoger en la propia vida, porque sólo este encuentro cambia radicalmente la existencia, fundamenta la moral y da el sentido último y definitivo a nuestro destino. “No será una fórmula la que nos salve, sino una Persona y la certeza que ella nos infunde”⁶. Cristo es el que nos salva. “Él es el centro de la historia y del universo; él nos conoce y nos ama, compañero y amigo de nuestra vida, hombre de dolor y de esperanza; Él, ciertamente, vendrá de nuevo y será finalmente nuestro juez y también, como esperamos, nuestra plenitud de vida y nuestra felicidad”⁷.

Estamos en unos momentos en los que tenemos que reconocer y proclamar con valentía y sin complejos el valor y la belleza de la vocación cristiana. Hemos de vivir con gozo y ofrecer al mundo la radical novedad cristiana que se deriva del bautismo. Toda nuestra dignidad y riqueza vienen del Bautismo: ese momento decisivo de nuestra vida en el que nuestra existencia se unió de forma definitiva con la existencia misma de Cristo. “No es exagerado decir que toda la existencia del fiel laico tiene como objetivo el llevarlo a conocer la radical novedad cristiana que

⁵ Juan Pablo II. *Novo millenio ineunte*, n. 15

⁶ *Ibidem*, n. 29

⁷ Pablo VI. Homilía. Manila, 29 de Noviembre de 1970.

deriva del Bautismo, sacramento de la fe, con el fin de que pueda vivir sus compromisos bautismales según la vocación que ha recibido de Dios (...) El Bautismo nos regenera a la vida de los hijos de Dios; nos une a Jesucristo y a su Cuerpo que es la Iglesia y nos unge en el Espíritu Santo constituyéndonos en templos espirituales”⁸. Tenemos que descubrir todas las riquezas espirituales que encierra el Bautismo. Y para descubrirlas es absolutamente esencial una verdadera iniciación cristiana. “Todo el patrimonio genético, por así decir, del cristiano se contiene en este sacramento. “Criatura nueva” (2 Cor 5,17), el bautizado tiene el deber de testimoniar en el mundo la novedad y la belleza de la vida recibida gratuitamente en Cristo. Las riquezas espirituales encerradas en el bautismo son asombrosas y es nuestra misión tratar de vivirlas en plenitud. Ser santo no significa otra cosa”⁹.

4.- Llamados a ser levadura evangélica.

Lo que más nos tiene que preocupar no es el ser pocos, sino el ser irrelevantes y marginales. La sal en las comidas es poca, pero da sabor; la cantidad de levadura en la masa es pequeña, pero la hace fermentar. Lo que tiene que preocuparnos es la mediocridad. *Si la sal se vuelve sosa sólo sirve para que la pise la gente* (Mt 5,13). Lo que verdaderamente debe inquietarnos es el conformismo y la pasividad. La cultura dominante es muy seductora y uno cae muy fácilmente en sus redes. Tenemos que estar muy vigilantes para no sucumbir ante esa tentación. Tenemos que recuperar un cristianismo verdaderamente audaz e incisivo que reclame su puesto y su presencia pública en la sociedad. Es un deber de caridad: el mundo necesita esa presencia. La sociedad, dominada por una cultura que ahoga valores muy sagrados de la persona humana está reclamando esa presencia activa y transformadora de los cristianos; y no se lo podemos negar: *La creación con expectación desea vivamente la manifestación de los hijos de Dios* (Rom 8,19).

Los cristianos tenemos el derecho y la obligación de hacernos oír en la sociedad. Es mucho lo que tenemos que ofrecer y no nos lo podemos guardar para nosotros por egoísmo o por miedo. Lo que hemos recibido gratis, lo hemos de dar gratis (cf. Mt 10,8). Como cualquier ciudadano tenemos el derecho y la obligación de participar activamente en la vida pública y en los debates culturales, económicos y políticos poniendo de manifiesto la visión del hombre que brota de nuestra fe en Je-

⁸ Juan Pablo II. *Christifideles laici*, n. 10.

⁹ Mons. Rilko. Congreso de Apostolado Seglar. Madrid 2004.

sucristo. Tenemos que manifestar con todos los medios legítimos que tengamos a nuestro alcance el derecho a la vida de todo ser humano desde que es concebido hasta su muerte natural; tenemos que defender el valor de la familia tal como la ley natural y la revelación divina nos la presentan, tenemos que exigir el derecho de los padres a educar a sus hijos, según sus convicciones, sin intromisiones totalitarias de ningún gobierno; tenemos que sentirnos siempre muy cerca, poniéndonos en su lugar, de las personas más débiles y desvalidas defendiendo sus derechos y pres-tándoles nuestra voz; tenemos que reclamar para nosotros y para todos el derecho a la libertad religiosa y no permitir, con nuestro silencio, que nuestros símbolos religiosos más queridos sean profanados; tenemos, en fin, que trabajar por el bien común ofreciendo nuestra visión cristiana de la vida, que es patrimonio de todos, al servicio de la justicia y de la paz. Juan Pablo II nos decía: “Si sois lo que debéis ser, es decir, si vivís el cristianismo sin componendas, podréis incendiar el mundo”¹⁰. Y Benedicto XVI nos decía recientemente: “Llevad a este mundo turbado el testimonio de la libertad con la que Cristo nos ha liberado (cf. Gal 5,1). La extraordinaria fusión entre el amor a Dios y el amor al prójimo embellece la vida y hace que vuelva a florecer el desierto en el que a menudo vivimos. Donde la caridad se manifiesta como pasión por la vida y por el destino de los demás, irradiándose en los afectos y en los trabajos, y convirtiéndose en fuerza de construcción de un orden social más justo, allí se construye la civilización capaz de frenar el avance de la barbarie. Sed constructores de un mundo mejor, según el *ordo amoris*, en el que se manifieste la belleza de la vida humana”¹¹.

La fe no es una cuestión privada. Los discípulos de Cristo tienen una misión precisa que cumplir en el mundo, en el que son llamados a cuidar y hacerse cargo del hombre, de su dignidad y de su verdad integral. No es tarea fácil. Se requiere una conciencia moral recta, bien formada, fiel al magisterio de la Iglesia, porque la transformación del mundo y de sus estructuras o pasa a través de las conciencias o se reduce a cambios superficiales y efímeros. Se necesita el coraje de ser como Cristo, “signo de contradicción” (Lc 2,34). El Señor nos llama para seguirle y ser, con Él, artífices del proyecto de un mundo que se corresponda verdaderamente con la dignidad de la persona humana y su vocación trascendente. Esta es la verdadera “modernidad”: la que favorece al hombre, le hace más libre, responde mejor a su anhelos y le presenta un camino de esperanza y plenitud¹². “Una “modernidad”

¹⁰ Juan Pablo II. Jubileo del apostolado de los laicos, 26 de Noviembre de 2000

¹¹ Benedicto XVI. Mensaje al II Congreso Mundial de los Movimientos Eclesiales y de las Nuevas Comunidades. 22 de Mayo de 2006

¹² Cf. Mons. Rilko. Congreso de Apostolado Seglar. Madrid, 14 de Noviembre de 2004.

que no esté enraizada en auténticos valores humanos está destinada a ser dominada por la tiranía de la inestabilidad y del extravío. Por eso, toda comunidad eclesial apoyada en su fe y sostenida por la gracia de Dios, está llamada a ser punto de referencia y a dialogar con la sociedad en la que está insertada”¹³. Los cristianos hemos de ser los pioneros de esa “modernidad”. Esa es la verdadera “revolución”, que el mundo necesita: la revolución de los santos. “¿Acaso no ha sido la belleza que la fe ha engendrado en el rostro de los santos la que ha impulsado a tantos hombres y mujeres a seguir sus huellas?”¹⁴.

Para realizar todo esto es muy importante conocer el gran tesoro de la doctrina social de la Iglesia. “Para la Iglesia enseñar y difundir la doctrina social pertenece a su misión evangelizadora y forma parte esencial del mensaje cristiano”¹⁵. En este sentido es una gran ayuda para todos el “Compendio de la Doctrina social de la Iglesia”.

Nuestro Congreso de Apostolado Seglar y especialmente todo el trabajo de reflexión que le va a preceder, nos tiene que ayudar a salir del letargo, de la superficialidad y de la indiferencia. Debemos contemplar e imitar el coraje de los confesores de la fe y de los mártires. Debemos recuperar la certeza de la fe en Jesucristo. Un coraje y una certeza basadas en la promesa del Señor: *He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo* (Mt 28,20).

5.- Con nuestra Madre la Iglesia.

La vocación y misión de los fieles laicos sólo se puede comprender a la luz de una renovada conciencia de la Iglesia como “sacramento o signo de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano”¹⁶ y del deber personal de adherirse más firmemente a ella. La Iglesia es un Misterio de Comunión que tiene su origen en la Santísima Trinidad es el Cuerpo Místico de Cristo, el Templo del Espíritu Santo, es el Pueblo de Dios que unido por la misma fe, esperanza y caridad, camina en la historia hacia la definitiva patria celestial. Y nosotros como bauti-

¹³ Benedicto XVI. Discurso a los obispos de Letonia, Lituania y Estonia. 23 de Junio de 2006.

¹⁴ Benedicto XVI. Mensaje al II Congreso Mundial de M.E. y N.C. 22 de Mayo de 2006.

¹⁵ Juan Pablo II. *Centesimus annus*, n. 5.

¹⁶ Concilio Vaticano II. *Lumen gentium*, 1.

zados somos miembros vivos de este maravilloso y fascinante organismo; y alimentados por los dones sacramentales, guiados por sus pastores y enriquecidos constantemente por una gran variedad de carismas, participamos de su misma misión. Hoy es más necesario que nunca y particularmente en nuestra diócesis que los cristianos iluminados por la fe conozcan la Iglesia tal como es, con toda su belleza y santidad para sentirla y amarla como a su propia madre.

La vida moderna tiene una gran capacidad de dispersión. Crea personalidades individualistas, sin arraigo, sin historia, sin futuro, sin un terreno firme sobre el que asegurar los pasos: todo es relativo, nada hay seguro ni definitivo, como si sólo fuésemos dueños de un presente que se nos escapa de las manos antes de poderlo disfrutar. La vida moderna nos hace experimentar y, a veces, nos impone compromisos de todo tipo, marcados todos ellos por el signo de la parcialidad y de la superficialidad: compromisos, en muchos casos contradictorios. El resultado de todo esto es la fragmentación de la persona y, en bastantes casos, una dramática crisis de identidad. Al final uno se pregunta: ¿quién soy yo? ¿dónde está la verdad? ¿dónde está mi “hogar!”? Es el drama del “hijo pródigo” (cf. Lc 15,11-32) de la parábola, que después de haberlo probado todo termina por no saber quién es y siente la añoranza de un “hogar” y de un “padre”.

Este riesgo lo corremos también los cristianos. Y por eso necesitamos un punto firme de referencia; necesitamos un sentido de pertenencia fuerte y “totalizante”, capaz de unificar todas las dimensiones de la vida y de darle un sentido completo. Ese punto firme de referencia es la Iglesia. En la Iglesia, Misterio de Comunión, el Señor Jesús nos hace comprender que “esa comunión fraterna es el reflejo maravilloso y la misteriosa participación en la vida íntima de amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Por ella Jesús pide: *Que todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos sean también uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado* (Jn 17,21)¹⁷. “La Iglesia nos ofrece el encuentro con Cristo, con el Dios vivo, con el “Logos”, que es la Verdad, la Luz, que no hace violencia a las conciencias, no impone una doctrina parcial, sino que nos ayuda a ser nosotros mismos hombres y mujeres plenamente realizados; así nos ayuda a vivir en la responsabilidad personal y en la comunión más profunda entre nosotros, una comunión que nace de la comunión con Dios, con el Señor”¹⁸.

¹⁷ Juan Pablo II. *Christifideles laici*, n. 18

¹⁸ Benedicto XVI. Visita a la Parroquia de Santa Felicidad. 25 de Marzo de 2007

Es fundamental que los cristianos tengamos un profundo sentido de pertenencia eclesial. Hemos de sentirnos en la Iglesia, Misterio de Comunión, como en nuestro auténtico “hogar”, para descubrir en ella, con Cristo y por la gracia del Espíritu Santo, al único y verdadero “*Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos*” (Ef. 4,6).

Para poder llevar adelante un verdadero proceso de educación y formación en la fe, es esencial tener un fuerte sentido de pertenencia a la Iglesia: una pertenencia agradecida y llena de amor, reconociendo que en ella hemos recibido lo más valioso que tenemos: hemos recibido a Cristo, nuestro “tesoro escondido” y unidos a Cristo, por el Espíritu Santo, hemos recibido la gracia de estar íntimamente unidos a todos los cristianos, formando un solo Cuerpo. Pertenecer a la Iglesia significa descubrir que en ella nos encontramos permanentemente con Cristo y nos hacemos uno con Él, porque en la Iglesia, cada vez que comulgamos el Cuerpo y la Sangre del Señor, nos unimos a Él de tal manera que llegamos a convertirnos en su propio Cuerpo, con sus mismos sentimientos y su misma misión; y nos hacemos capaces de participar en su mismo Sacrificio Redentor uniendo nuestros trabajos y sufrimientos a los suyos para la salvación del mundo. “Crear es un acto eclesial. La fe de la Iglesia precede, engendra, conduce y alimenta nuestra fe”¹⁹.

Hay muchos medios para vivir esta pertenencia a la Iglesia. El primero y más inmediato es **la Parroquia**. “La comunión eclesial, aún conservando siempre su dimensión universal, encuentra su expresión más visible en la Parroquia. Ella es la última localización de la Iglesia; es, en cierto sentido, la misma Iglesia entre las casas de sus hijos y de sus hijas (...) La parroquia no es principalmente una estructura, un territorio, un edificio; ella es la familia de Dios, como una fraternidad animada por el Espíritu de unidad, es una casa de familia, fraterna y acogedora, es la comunidad de los fieles. En definitiva la parroquia está fundada sobre una realidad teológica, porque ella es una comunidad eucarística. Esto significa que es una comunidad idónea para celebrar la Eucaristía, en la que se encuentra la raíz viva de su edificación y el vínculo sacramental de su existir en plena comunión con toda la Iglesia”²⁰.

Sois muchos los que estáis comprometidos, de forma ejemplar, en la vida de las parroquias, colaborando en múltiples actividades. Cada vez que visito las

¹⁹ Catecismo de la Iglesia Católica, n. 182.

²⁰ Juan Pablo II. *Chritifideles laici*, n. 26.

parroquias siento asombro por su vitalidad y doy gracias a Dios por todos los que en ellas estáis entregando vuestro tiempo y vuestras energías al servicio de la evangelización. Pero ahora, me atrevo a pedir algo más; os pido que pongáis el acento sobre todo en la misión. Las parroquias son “islas” o, más bien, “oasis”, en medio de un mundo pagano. Todos hemos de ponernos en actitud de misión. Todos hemos de sentir una fuerte llamada del Señor a ser misioneros que anuncien con valentía el evangelio de Cristo. No podemos esperar tranquilamente a que la gente llegue; hace falta algo más. Como el buen pastor hemos de salir a buscar a la oveja perdida, hemos de entrar en las casas, hemos de hacernos presentes en la vida de los barrios, en sus centros culturales, en sus lugares de ocio, en sus colegios, en sus asociaciones, en sus medios de comunicación y en sus ayuntamientos: *Caritas Christi urget nos. Nos apremia el amor de Cristo* (2 Cor 5,14).

Sabéis que una de la mayores preocupaciones que tenemos en la Diócesis es la de crear parroquias en los nuevos barrios y urbanizaciones que van surgiendo. Es un problema que nos afecta a todos. Os pido unidad de esfuerzos, espirituales y materiales, para que en todos los lugares de la Diócesis exista una parroquia en la que los recién llegados a esos barrios, en muchas ocasiones perdidos y desorientados, puedan sentir la presencia cercana de una Iglesia que les acoge y puedan encontrar en ella un lugar donde experimentar unas relaciones más fraternas y una “casa” abierta a todos y al servicio de todos.²¹ Y para que en esas nuevas parroquias se puede celebrar la eucaristía es necesario que haya sacerdotes. Pidamos al Señor que nos envíe sacerdotes, según su corazón; y pongamos también los medios pastorales para que esto suceda. “*Jesús, al ver a la muchedumbre, sintió compasión de ella, porque estaban vejados y abatidos como ovejas que no tienen pastor. Entonces dijo a sus discípulos: la mies es abundante y los trabajadores pocos. Rogad, pues al dueño de la mies que envíe obreros a su mies*” (Mt 9,36-38).

Y en esta búsqueda de ámbitos donde vivir la comunión eclesial ocupan un lugar muy importante **las diversas asociaciones laicales, los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades**. Son una gran riqueza para la Iglesia. En mis encuentros con estas nuevas realidades eclesiales reconozco, por los frutos de santidad que veo en ellas, una verdadera presencia del Espíritu.

²¹ Juan Pablo II. *Christifideles laici*, n. 27.

Doy gracias a Dios por este don que Él nos regala y animo a todos a vivir atentos a lo que el Espíritu les vaya sugiriendo, abiertos a la universalidad de la Iglesia y siempre fieles a su magisterio.

Hago un llamamiento especial a **la Acción Católica**: está destinada a ser un elemento esencial para dar consistencia y para articular debidamente en todas la parroquias de la Diócesis un apostolado seglar asociado vivo, organizado, activo y misionero. En nuestra Iglesia diocesana necesitamos la Acción Católica. “El vínculo directo y orgánico de la Acción Católica con la Diócesis y con su Obispo; el asumir la misión de la Iglesia y sentirse dedicados a la propia Iglesia y a la totalidad de su misión; el hacer propios el camino, las opciones pastorales y la espiritualidad de la Iglesia diocesana; todo esto hace que la Acción Católica no sea una asociación eclesial cualquiera, sino un don de Dios y un recurso para el incremento de la comunión eclesial (...) Acción Católica, ¡No tengas miedo! Pertenece a la Iglesia y te ama el Señor, que guía siempre tus pasos hacia la novedad jamás superada del Evangelio”²².

6.- María, Madre de Cristo y de la Iglesia intercede por nosotros.

Quero terminar encomendando a la Virgen María el trabajo y los frutos de Congreso y lo hago con la oración con la que concluye la Exhortación Apostólica postsinodal de Juan Pablo II sobre la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo *Christifideles laici*:

“Oh Virgen Santísima, Madre de Cristo y Madre de la Iglesia,
con alegría y admiración nos unimos a tu Magnificat,
a tu canto de amor agradecido.

Contigo damos gracias a Dios, *cuya misericordia se extiende
de generación en generación*, por la espléndida vocación
y por la multiforme misión confiada a los fieles laicos,
por su nombre llamados por Dios a vivir en comunión de amor
y de santidad con Él y a estar fraternalmente unidos
en la gran familia de los hijos de Dios,

²² Juan Pablo II. Discurso a los participantes de la IX Asamblea nacional de la A.C. italiana. 26 de Abril de 2002

enviados a irradiar la luz de Cristo y a comunicar el fuego del Espíritu por medio de su vida evangélica en todo el mundo.

Virgen del Magnificat, llena sus corazones de reconocimiento y entusiasmo por esta vocación y esta misión.

Tú que has sido, con humildad y magnanimidad
la esclava del Señor, danos tu misma disponibilidad para el servicio de Dios y para la salvación del mundo.

Abre nuestros corazones a las inmensas perspectivas del Reino de Dios y del anuncio del Evangelio a toda criatura.

En tu corazón de Madre están siempre los muchos peligros y los muchos males que aplastan a los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Pero también están presentes tantas iniciativas de bien, las grandes aspiraciones a los valores, los progresos realizados en el producir frutos abundantes de salvación.

Virgen valiente, inspira en nosotros la fortaleza de ánimo y confianza en Dios, para que sepamos superar todos los obstáculos que encontremos en el cumplimiento de nuestra misión.

Enséñanos a tratar las realidades del mundo con un vivo sentido de responsabilidad cristiana y en la gozosa esperanza de la venida del Reino de Dios, de los nuevos cielos y de la nueva tierra.

Tú que junto a los Apóstoles has estado en oración en el Cenáculo esperando la venida del Espíritu de Pentecostés, invoca su renovada efusión sobre todos los fieles laicos, hombres y mujeres, para que correspondan plenamente a su vocación y misión, como sarmientos de la verdadera vid, llamados a dar mucho fruto para la vida del mundo.

Virgen Madre, guíanos y sostenenos para que vivamos siempre como auténticos hijos e hijas de la Iglesia de tu Hijo y podamos contribuir a establecer sobre la tierra

la civilización de la verdad y del amor, según el deseo de Dios y para su gloria. Amén²³.

Con mi bendición y afecto:

† Joaquín María, Obispo de Getafe
15 de Agosto de 2007,
Solemnidad de la Asunción de la Virgen María

²³ Juan Pablo II. *Christifideles laici*, n 64.

MISIÓN-JOVEN
Peregrinación a Roma
Homilía de la fiesta de Ntra. Sra. de los Ángeles.
Inicio de la peregrinación: 2 de Agosto de 2000

Acompañados por la Virgen María, a la que hoy honramos en su advocación de Ntra. Sra. de los Ángeles, iniciamos nuestra peregrinación a Roma.

En Roma, junto al sepulcro del apóstol S. Pedro, rezaremos el Credo y proclamaremos con fortaleza la fe que Pedro y los apóstoles, testigos de la resurrección de Cristo, nos transmitieron.

En Roma también nos encontraremos con el sucesor de Pedro, el Papa Benedicto XVI, para sentir a su lado el gozo de ser Iglesia de Cristo: Iglesia viva, joven y misionera. Él nos confirmará en la fe y nos ayudará a comprender que la Iglesia es Misterio de Comunión.

En Roma escucharemos, una vez más, la llamada de Cristo invitándonos a estar siempre con Él para amarle, seguirle y anunciarle allí donde Él quiera enviarnos. El Señor nos hablará al corazón y nos descubrirá esas cosas escondidas que todavía están impidiendo una plena confianza en Él. Por ello, para quitar de nosotros esas cosas y hacer posible que sea sólo Él quien gobierne y dirija nuestras vidas hemos de empezar nuestra peregrinación con verdadero espíritu de conversión.

Realmente nuestra peregrinación no es propiamente a Roma, sino a Cristo. Ha de ser, sobre todo, una peregrinación interior hacia Cristo. Queremos caminar hacia Cristo, con María, en la Iglesia, al lado del sucesor de Pedro, para que nuestras vidas sean sólo del Señor y en Él encontremos la verdadera alegría y la esperanza que no defrauda. Queremos encontrarnos con Cristo para que no exista nada en nosotros que pueda impedir o enturbiar nuestra amistad íntima con Él.

Ciertamente toda peregrinación expresa, de algún modo, lo que es la vida de la Iglesia, la vida de cada cristiano e incluso, podemos decir, la vida de todo hombre... La peregrinación nos va a ayudar a comprender que la vida, toda vida vivida auténticamente, ha de ser un camino hacia la Verdad y por tanto **un camino hacia Cristo**, en quien se revela el verdadero ser del hombre y su verdadero destino. Ha de ser un camino hacia Aquél que es la luz de nuestra vida, nuestro consuelo, nuestra esperanza, nuestra fortaleza y nuestro mejor amigo; el único que nunca nos va a fallar; un camino **en el que no vamos solos**: mucha gente nos acompaña. Nos acompaña la Virgen María y la multitud de los santos; y nos acompañan los hermanos en la fe. Estos días de peregrinación sentiremos muy de cerca esa compañía. Estos días sentiremos, entre nosotros, el valor de una auténtica amistad, construida sobre la roca firme del evangelio; una amistad en la que se realizará un intercambio de dones: cada uno debe ofrecer a los demás los dones que ha recibido de Dios y debe acoger con gratitud los dones que le vienen de aquellos que comparten con él su camino hacia Cristo. Los sacerdotes que os acompañan os ofrecerán, además de su amistad, el don de la Eucaristía y el perdón de los pecados y vosotros les ofreceréis a ellos vuestro espíritu apostólico, vuestro amor a Cristo, vuestra vitalidad y vuestra mirada joven sobre la realidad de nuestro mundo; y les ayudaréis a comprender especialmente ese mundo de los jóvenes tan lleno de ideales y de belleza, pero también, a veces, tan problemático y tan lleno de incertidumbres.

Este caminar hacia Cristo, que es la vida cristiana, es un caminar que nos invita a participar con Él, en su misión en el mundo: *“Yo he venido para que tengan vida y una vida en abundancia”*. El lema de nuestra misión en la Diócesis ha sido: *“¡Vive!”*. Nuestro camino con Cristo es un camino misionero, un camino que invita a vivir en Cristo. Y este año lo habéis experimentado, muchos de vosotros, con especial intensidad. Nos hemos esforzado por decir a los jóvenes, por todos los medios que hemos tenido a nuestro alcance: ¡Vive! Hemos intentado y en muchos casos, con la ayuda del Señor, hemos conseguido, hacer comprender a los jóvenes que sólo en Cristo encontrarán la verdadera vida que tanto desean.

La peregrinación a Roma tiene que fortalecer nuestra conciencia misionera. Misionero significa “enviado”. Somos enviados por Cristo para decir a muchos jóvenes que viven desorientados y sin rumbo: “en Cristo encontraréis la vida”. Tenemos que sentirnos como el apóstol Andrés cuando, después de aquella velada inolvidable con Jesús, de la que nos habla el evangelista S. Juan (cf Jn. 1,39), va a buscar a su hermano Pedro y le lleva a Jesús para que él también sienta el gozo de su presencia y aprenda de Él una sabiduría nueva. Tenemos que llevar a los jóvenes a Jesús para que con Él aprendan a vivir de una manera auténtica y plena.

Ser misionero supone por nuestra parte, cuatro cosas muy importantes. En primer lugar, supone: **buscar**. Es decir, supone ser personas que buscan: buscan la verdad, buscan la luz, buscan mejorar el mundo, buscan ser felices, buscan a Cristo. Para ser misionero uno no puede ser un “conformista”, que se acomoda al ambiente, y se queda sólo con lo último que oye. El misionero, en cierta manera, es un rebelde: no va por donde va el “montón”, por donde “va la gente”, aunque esté muy de moda. En segundo lugar, para ser misionero es necesario: **encontrar**. El misionero es alguien que ha vivido un encuentro personal con Cristo y se ha sentido fascinado por ese encuentro, hasta el punto de que ese encuentro ha cambiado su vida. Es alguien en quien se ha producido una verdadera conversión: a partir de ese encuentro con Cristo ha cambiado su manera de entender la vida; ha sido como una luz intensa que le ha hecho ver todo de un modo completamente nuevo. En tercer lugar, ser misionero supone **conocer**. El misionero, después de su encuentro con Cristo desea conocerlo íntimamente: desea estar con Él en la oración, desea escuchar su Palabra y empaparse y familiarizarse con ella, desea recibir su fuerza y su gracia en los sacramentos, desea estar muy unido a Él, en su Cuerpo que es la Iglesia y desea verle también y atender sus ruegos en las personas mas pobres y desvalidas con las que Él ha querido identificarse de un modo especial. Y, finalmente para ser misionero hay que **anunciar**. El misionero no es un ser mudo. El misionero habla y anuncia con fuerza y sin miedo lo que ha visto y oído. El misionero siente la necesidad, que le sale muy de dentro, de decir a todos lo que significa estar con Jesús; siente la necesidad de hacer partícipes a los demás del gozo que supone la presencia de Cristo en su vida. Es un gozo semejante al gozo que siente el que encuentra la perla preciosa o el tesoro escondido. Cuando uno está lleno de Cristo, toda su vida habla de Cristo.

La Virgen María, como primera misionera, nos acompaña en la peregrinación. La Virgen María, nos dice el Concilio, antecede con su luz al Pueblo de Dios peregrino: *“brilla ante el Pueblo de Dios en marcha, como señal de esperanza*

cierta y de consuelo” (L.G. 68). Podemos imaginarnos a María peregrinando desde Nazaret, a través del desierto de Judea, hasta el pueblo cercano a Jerusalén, donde vive su prima Isabel. Lleva ya en su vientre a Jesús. María lleva consigo a Dios, para que el amor de Dios fortalezca a Isabel. Nosotros, hemos conocido a Cristo y lo llevamos con nosotros para ofrecérselo a los jóvenes. Aprendamos con María, en la escuela de María, en el corazón de María, a ser misioneros: aprendamos su gran **amor**, siempre dispuesto a ayudar; aprendamos su gran **valentía**, que hace que, quitando todos los miedos, afronte un camino lleno de riesgos; y aprendamos su **confianza en Dios** que le hace obediente a la Palabra que ha recibido y le anima a decir: *“he aquí la esclava del Señor”*.

Que el Señor Jesús y su Madre Santísima, Nuestra Señora de los Ángeles, Patrona de la Diócesis, nos acompañen y ayuden en esta peregrinación y hagan que podamos sacar de ella frutos abundantes de santidad. Amen.

MISIÓN-JOVEN
Peregrinación a Roma
Homilía, en la Basílica de S. Pedro, el 6 de Agosto de
2007, fiesta de la Transfiguración del Señor

Estamos viviendo estos días muchas experiencias inolvidables. Los que por vez primera participáis en una peregrinación diocesana os estáis viendo sorprendidos por muchas cosas que, quizás, os resultan completamente nuevas y estáis viendo una Iglesia viva, joven y alegre que os llena de admiración y acrecienta en vosotros el deseo de conocer mejor al Señor. Para los que estáis más metidos en la vida de la Diócesis y habéis vivido ya momentos intensos de encuentro con Cristo, estos días os están sirviendo para afianzar vuestra fe, clarificar vuestra vocación y fortalecer vuestro amor a la Iglesia.

La celebración de la Eucaristía en el marco impresionante de esta gran Basílica, junto al sepulcro de Pedro, nos invita a todos renovar nuestra adhesión al sucesor de Pedro y a vivir con gratitud y gozo nuestra pertenencia a la Iglesia.

El Evangelio de la Transfiguración del Señor, sigue teniendo una gran actualidad. El Evangelio siempre es Palabra viva que alimenta nuestra fe. Es verdad que la experiencia de la Transfiguración se refiere, en primer lugar a los apóstoles, Pedro, Santiago y Juan. Sucede, según la tradición en el monte Tabor, muy cercano a

Nazaret y en un momento muy especial de la vida de los apóstoles. Los apóstoles, un día, habían sido llamados por el Señor y ellos habían sido obedientes a su llamada. Desde aquel momento su vida había estado íntimamente unida a su Maestro. Iban conociendo muchas cosas de Él, escuchaban con atención su Palabra y se quedaban sorprendidos ante los milagros que realizaba y el modo que tenía de tratar a la gente, especialmente a los pobres, a los enfermos y a los publicanos y pecadores. Pero lo que más les asombraba era la autoridad con la que hablaba y su modo de referirse a Dios: un modo de referirse en el que el mismo Jesús se hacía igual a Dios.

Los apóstoles eran gente buena y sencilla, pero estaban llenos de debilidades. Jesús, con mucha paciencia, les va instruyendo y guiando en el camino del amor al Padre, que es la fuente del amor a los hermanos. Jesús les va descubriendo que el camino de la felicidad es un camino que va unido al descubrimiento del Amor que salva: un Amor infinito, incondicional y para siempre. La felicidad consiste en sentirse amado por un Amor indestructible, un Amor que se revela en la persona misma de Jesús. Es un Amor que da la vida y que me acepta como soy, a pesar de mis inseguridades y tropiezos.

Pero, aunque los apóstoles, poco a poco y con mucha dificultad, van abriéndose a la enseñanza de Jesús; hay algo que no les puede entrar en la cabeza; es algo que les resulta imposible de creer. No pueden entender que la revelación del Amor de Dios vaya unida al sufrimiento y a la cruz. No pueden entender que el Amor de Dios se manifieste en la ignominia de la cruz.

Cuando sucede lo que hoy nos relata el evangelio van camino de Jerusalén. Y Jesús les va anticipando lo que allí va a suceder. Les dice que va a morir en una cruz y que va a ser objeto de burlas, desprecios y humillaciones. Los apóstoles, que aman a Jesús y creen sinceramente que Él es el Mesías, tan esperado por Israel, no pueden entender lo que les dice. Morir de esa manera sería un terrible fracaso. Y el Mesías no puede fracasar.

En la mente de los discípulos existe todavía la convicción, más o menos expresada por ellos, de que para triunfar hay que buscar los primeros puestos. Y que el Mesías libertador se manifestaría lleno de gloria y majestad, humillando a sus enemigos y reservando para sus amigos los puestos más importantes. En su corazón existe el deseo de ocupar esos puestos de honor y de ir por la vida con mucho poder, con muchas riquezas y con muchos triunfos. Por eso cuando escuchan a

Jesús que les dice que “los primeros serán los últimos y los últimos los primeros” y “dichosos vosotros cuando os persigan y os calumnien por mi causa” y que hay que ir por la vida no buscando el que me sirvan sino sirviendo a los demás, ellos no lo aceptan. Lo que les dice Jesús les da miedo y procuran desviar la conversación hacia otros temas e, incluso, pretenden apartar a Jesús del camino a Jerusalén donde le esperan tantos peligros.

Por eso Jesús, conociendo esos miedos, quiere que los apóstoles Pedro, Santiago y Juan, llamados a ser columnas de la Iglesia y que van a compartir con Él los momentos más amargos de la Pasión, experimenten, aunque sea de una manera muy fugaz, la gloria de Dios, que se esconde en la humanidad de Jesús. Quiere que vean en el rostro humano de Cristo el resplandor de la divinidad y experimenten, llenos de luz, ese amor infinito de Dios que da sentido a nuestras vidas. Quiere que comprendan que en Él se van a cumplir plenamente la Ley y los profetas, es decir todas las promesas hechas por Dios al pueblo de Israel. Dice el Evangelio que *“Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan y se los llevó aparte a una montaña alta y se transfiguró delante de ellos y su rostro resplandecía como el sol y sus vestidos se volvieron como la luz y se les aparecieron Moisés y Elías conversando con Él”*

Esta historia de la Transfiguración sigue sucediendo hoy en nuestra propia historia personal y en la historia de la Iglesia. Pensad un poco en vuestra vida: vosotros, como los apóstoles conocisteis un día al Señor y os empezasteis a meter en cosas de la Iglesia: grupos de confirmación, convivencias, peregrinaciones... Y en vosotros fue surgiendo y fue creciendo el deseo de seguir a Jesús. Pero llegó un momento en que ese conocimiento de Jesús os llevó a la necesidad de tomar decisiones y de vivir un determinado estilo de vida y de romper con cierto modo de comportarse que era contrario a lo que Jesús os decía. Y, sobre todo, fuisteis descubriendo que el Señor os llamaba a dar la vida como Él, sin componendas, participando del mismo amor y de la misma misión, que llevó a Cristo a la cruz. Y entonces vinieron los miedos y os pasó lo mismo que a los apóstoles cuando subían con Jesús a Jerusalén: que cuando el Señor os decía esas cosas os tapabais los oídos y tratábais de desviar la conversación por otros derroteros, buscando toda clase de excusas.

Pero el Señor como es bueno y conoce nuestra debilidad siempre quiere regalarnos “momentos de transfiguración”. Son momentos en los que sentimos su presencia de una manera muy viva. Y crece nuestra fe, nuestra esperanza y nuestro

amor; y sentimos grandes deseos de ser mejores. Son momentos inolvidables llenos de luz y de paz. Momentos en los que todo se hace claridad y sabemos con certeza lo que Él quiere de nosotros. Son momentos, que quedan de tal manera grabados en el corazón, que su recuerdo ya nunca podrá borrarse. Son momentos que, no sabemos cómo, producen en nosotros una paz y una alegría tan grandes que nos hacen afrontar con decisión todo lo que pueda sobrevenirnos y hasta lo más difícil se nos hace fácil... En esos momentos sentimos el deseo de estar siempre con Jesús, de no apartarnos nunca de Él y de hacer lo que Él nos diga. Y descubrimos también la Iglesia como una gran familia de hermanos que se quieren. Y le decimos a Jesús que estamos dispuestos a todo. Quizás, en estos días de peregrinación, en las “horas santas” impresionantes que hemos vivido o después de una buena confesión, más de uno ha gozado de esta luz.

Y cuando nos pasa eso decimos como Pedro. *“Señor, qué bien se está aquí”*.

Pero esos momentos no duran toda la vida y hay que bajar desde esa montaña de luz a la vida cotidiana. Y, en la vida cotidiana, lo que cuenta no es si nos “sentimos” bien o nos “sentimos” mal; si nos “gusta” una cosa o nos “disgusta”. En la vida cotidiana hay de todo. Y, en muchas ocasiones hay que vencer muchos miedos y egoísmos y hay que afrontar tareas y situaciones que no son nada cómodas. En la vida cotidiana lo que cuenta es la confianza en el Señor y la fidelidad a su Palabra. *“Salió de la nube una voz que decía: Este es mi Hijo Amado en quien me complazco; escuchadle”*. Lo que cuenta es escuchar al Señor. Lo que cuenta es, como decía Francisco de Asís, “amar al Amor”, estando con Él siempre, incluso en la cruz.

Y cuando confiamos en el Señor y somos fieles a su Palabra ocurre algo sorprendente: ocurre que, incluso sin nosotros saberlo, nos convertimos en luz para los demás y nuestra vida se transfigura. Cada uno de nosotros por el hecho de tener a Dios dentro de sí y de ser transfigurado en su imagen divina se convierte para los demás en fuente de luz y camino de salvación.

En la Eucaristía, en el pan y en el vino, transfigurados y convertidos en el Cuerpo y la Sangre de Jesús se va a cumplir realmente nuestra comunión con Cristo y nuestra transfiguración en Él. En la Eucaristía comprendemos que estamos llamados a vivir y a experimentar el Amor infinito de Dios, para que, unidos a Él, como criaturas nuevas, transfiguremos el mundo y seamos con Él artífices de una humani-

dad renovada en Cristo. Que Dios nos conceda, como decimos en la oración propia de esta fiesta “*que escuchando siempre la Palabra del Hijo Amado, seamos un día coherederos de su gloria*”. Amen



MENSAJE DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI
A LOS JÓVENES DEL MUNDO CON OCASIÓN
DE LA XXIII JORNADA MUNDIAL
DE LA JUVENTUD 2008

«Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo,
que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos»
(Hch 1, 8)

Queridos jóvenes:

1. La XXIII Jornada Mundial de la Juventud

Recuerdo siempre con gran alegría los diversos momentos transcurridos juntos en Colonia, en el mes de agosto de 2005. Al final de aquella inolvidable manifestación de fe y entusiasmo, que permanece impresa en mi espíritu y en mi corazón, os di cita para el próximo encuentro que tendrá lugar en Sydney, en 2008. Será la XXIII Jornada Mundial de la Juventud y tendrá como tema: «Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos» (Hch 1, 8). El hilo conductor de la preparación espiritual para el encuentro en Sydney es el Espíritu Santo y la misión. En 2006 nos habíamos detenido a meditar sobre el Espíritu Santo como Espíritu de verdad, en 2007 quisimos descubrirlo más profundamente como Espíritu de amor, para encaminarnos después hacia la Jornada Mun-

dial de la Juventud 2008 reflexionando sobre el Espíritu de fortaleza y testimonio, que nos da el valor de vivir el Evangelio y la audacia de proclamarlo. Por ello es fundamental que cada uno de vosotros, jóvenes, en la propia comunidad y con los educadores, reflexione sobre este Protagonista de la historia de la salvación que es el Espíritu Santo o Espíritu de Jesús, para alcanzar estas altas metas: reconocer la verdadera identidad del Espíritu, escuchando sobre todo la Palabra de Dios en la Revelación de la Biblia; tomar una lúcida conciencia de su presencia viva y constante en la vida de la Iglesia, redescubrir en particular que el Espíritu Santo es como el “alma”, el respiro vital de la propia vida cristiana gracias a los sacramentos de la iniciación cristiana: Bautismo, Confirmación y Eucaristía; hacerse capaces así de ir madurando una comprensión de Jesús cada vez más profunda y gozosa y, al mismo tiempo, hacer una aplicación eficaz del Evangelio en el alba del tercer milenio. Con mucho gusto os ofrezco con este mensaje un motivo de meditación ir profundizándolo a lo largo de este año de preparación y ante el cual verificar la calidad de vuestra fe en el Espíritu Santo, de volver a encontrarla si se ha extraviado, de afianzarla si se ha debilitado, de gustarla como compañía del Padre y del Hijo Jesucristo, gracias precisamente a la obra indispensable del Espíritu Santo. No olvidéis nunca que la Iglesia, más aún la humanidad misma, la que está en torno a vosotros y que os aguarda en vuestro futuro, espera mucho de vosotros, jóvenes, porque tenéis en vosotros el don supremo del Padre, el Espíritu de Jesús.

2. La promesa del Espíritu Santo en la Biblia

La escucha atenta de la Palabra de Dios respecto al misterio y a la obra del Espíritu Santo nos abre al conocimiento cosas grandes y estimulantes que resumo en los siguientes puntos.

Poco antes de su ascensión, Jesús dijo a los discípulos: «Yo os enviaré lo que mi Padre ha prometido» (Lc 24, 49). Esto se cumplió el día de Pentecostés, cuando estaban reunidos en oración en el Cenáculo con la Virgen María. La efusión del Espíritu Santo sobre la Iglesia naciente fue el cumplimiento de una promesa de Dios más antigua aún, anunciada y preparada en todo el Antiguo Testamento.

En efecto, ya desde las primeras páginas, la Biblia evoca el espíritu de Dios como un viento que «aleteaba por encima de las aguas» (cf. Gn 1, 2) y precisa que Dios insufló en las narices del hombre un aliento de vida, (cf. Gn 2, 7), infundiéndole así la vida misma. Después del pecado original, el espíritu vivificante de Dios se ha ido manifestando en diversas ocasiones en la historia de los hombres, suscitando

profetas para incitar al pueblo elegido a volver a Dios y a observar fielmente los mandamientos. En la célebre visión del profeta Ezequiel, Dios hace revivir con su espíritu al pueblo de Israel, representado en «huesos secos» (cf. 37, 1-14). Joel profetiza una «efusión del espíritu» sobre todo el pueblo, sin excluir a nadie: «Después de esto –escribe el Autor sagrado– yo derramaré mi Espíritu en toda carne... Hasta en los siervos y las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días» (3, 1-2).

En la «plenitud del tiempo» (cf. Ga 4, 4), el ángel del Señor anuncia a la Virgen de Nazaret que el Espíritu Santo, «poder del Altísimo», descenderá sobre Ella y la cubrirá con su sombra. El que nacerá de Ella será santo y será llamado Hijo de Dios (cf. Lc 1, 35). Según la expresión del profeta Isaías, sobre el Mesías se posará el Espíritu del Señor (cf. 11, 1-2; 42, 1). Jesús retoma precisamente esta profecía al inicio de su ministerio público en la sinagoga de Nazaret: «El Espíritu del Señor está sobre mí –dijo ante el asombro de los presentes–, porque él me ha ungido. Me ha enviado a dar la Buena Noticia a los pobres. Para anunciar a los cautivos la libertad y, a los ciegos, la vista. Para dar libertad a los oprimidos; y para anunciar un año un año de gracia del Señor» (Lc 4, 18-19; cf. Is 61, 1-2). Dirigiéndose a los presentes, se atribuye a sí mismo estas palabras proféticas afirmando: «Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír» (Lc 4, 21). Y una vez más, antes de su muerte en la cruz, anuncia varias veces a sus discípulos la venida del Espíritu Santo, el «Consolador», cuya misión será la de dar testimonio de Él y asistir a los creyentes, enseñándoles y guiándoles hasta la Verdad completa (cf. Jn 14, 16-17.25-26; 15, 26; 16, 13).

3. Pentecostés, punto de partida de la misión de la Iglesia

La tarde del día de su resurrección, Jesús, apareciéndose a los discípulos, «sopló sobre ellos y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo”» (Jn 20, 22). El Espíritu Santo se posó sobre los Apóstoles con mayor fuerza aún el día de Pentecostés: «De repente un ruido del cielo –se lee en los Hechos de los Apóstoles–, como el de un viento recio, resonó en toda la casa donde se encontraban. Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se repartían, posándose encima de cada uno» (2, 2-3).

El Espíritu Santo renovó interiormente a los Apóstoles, revistiéndolos de una fuerza que los hizo audaces para anunciar sin miedo: «¡Cristo ha muerto y ha resucitado!». Libres de todo temor comenzaron a hablar con franqueza (cf. Hch 2, 29; 4, 13; 4, 29.31). De pescadores atemorizados se convirtieron en heraldos va-

lientes del Evangelio. Tampoco sus enemigos lograron entender cómo hombres «sin instrucción ni cultura» (cf. Hch 4, 13) fueran capaces de demostrar tanto valor y de soportar las contrariedades, los sufrimientos y las persecuciones con alegría. Nada podía detenerlos. A los que intentaban reducirlos al silencio respondían: «Nosotros no podemos dejar de contar lo que hemos visto y oído» (Hch 4, 20). Así nació la Iglesia, que desde el día de Pentecostés no ha dejado de extender la Buena Noticia «hasta los confines de la tierra» (Hch 1, 8).

4. El Espíritu Santo, alma de la Iglesia y principio de comunión

Pero para comprender la misión de la Iglesia hemos de regresar al Cenáculo donde los discípulos permanecían juntos (cf. Lc 24, 49), rezando con María, la «Madre», a la espera del Espíritu prometido. Toda comunidad cristiana tiene que inspirarse constantemente en este icono de la Iglesia naciente. La fecundidad apostólica y misionera no es el resultado principalmente de programas y métodos pastorales sabiamente elaborados y «eficientes», sino el fruto de la oración comunitaria incesante (cf. Pablo VI, Exhort. apost. *Evangelii nuntiandi*, 75). La eficacia de la misión presupone, además, que las comunidades estén unidas, que tengan «un solo corazón y una sola alma» (cf. Hch 4, 32), y que estén dispuestas a dar testimonio del amor y la alegría que el Espíritu Santo infunde en los corazones de los creyentes (cf. Hch 2, 42). El Siervo de Dios Juan Pablo II escribió que antes de ser acción, la misión de la Iglesia es testimonio e irradiación (cf. Enc. *Redemptoris missio*, 26). Así sucedía al inicio del cristianismo, cuando, como escribe Tertuliano, los paganos se convertían viendo el amor que reinaba entre los cristianos: «Ved –dicen– cómo se aman entre ellos» (cf. Apologético, 39, 7).

Concluyendo esta rápida mirada a la Palabra de Dios en la Biblia, os invito a notar cómo el Espíritu Santo es el don más alto de Dios al hombre, el testimonio supremo por tanto de su amor por nosotros, un amor que se expresa concretamente como «sí a la vida» que Dios quiere para cada una de sus criaturas. Este «sí a la vida» tiene su forma plena en Jesús de Nazaret y en su victoria sobre el mal mediante la redención. A este respecto, nunca olvidemos que el Evangelio de Jesús, precisamente en virtud del Espíritu, no se reduce a una mera constatación, sino que quiere ser «Buena Noticia para los pobres, libertad para los oprimidos, vista para los ciegos...». Es lo que se manifestó con vigor el día de Pentecostés, convirtiéndose en gracia y en tarea de la Iglesia para con el mundo, su misión prioritaria.

Nosotros somos los frutos de esta misión de la Iglesia por obra del Espíritu Santo. Llevamos dentro de nosotros ese sello del amor del Padre en Jesucristo que es el Espíritu Santo. No lo olvidemos jamás, porque el Espíritu del Señor se acuerda siempre de cada uno y quiere, en particular mediante vosotros, jóvenes, suscitar en el mundo el viento y el fuego de un nuevo Pentecostés.

5. El Espíritu Santo «Maestro interior»

Queridos jóvenes, el Espíritu Santo sigue actuando con poder en la Iglesia también hoy y sus frutos son abundantes en la medida en que estamos dispuestos a abrirnos a su fuerza renovadora. Para esto es importante que cada uno de nosotros lo conozca, entre en relación con Él y se deje guiar por Él. Pero aquí surge naturalmente una pregunta: ¿Quién es para mí el Espíritu Santo? Para muchos cristianos sigue siendo el «gran desconocido». Por eso, como preparación a la próxima Jornada Mundial de la Juventud, he querido invitaros a profundizar en el conocimiento personal del Espíritu Santo. En nuestra profesión de fe proclamamos: «Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo» (Credo Niceno-Constantinopolitano). Sí, el Espíritu Santo, Espíritu de amor del Padre y del Hijo, es Fuente de vida que nos santifica, «porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado» (Rm 5, 5). Pero no basta conocerlo; es necesario acogerlo como guía de nuestras almas, como el «Maestro interior» que nos introduce en el Misterio trinitario, porque sólo Él puede abrirnos a la fe y permitirnos vivirla cada día en plenitud. Él nos impulsa hacia los demás, enciende en nosotros el fuego del amor, nos hace misioneros de la caridad de Dios.

Sé bien que vosotros, jóvenes, lleváis en el corazón una gran estima y amor hacia Jesús, cómo deseáis encontrarlo y hablar con Él. Pues bien, recordad que precisamente la presencia del Espíritu en nosotros atestigua, constituye y construye nuestra persona sobre la Persona misma de Jesús crucificado y resucitado. Por tanto, tengamos familiaridad con el Espíritu Santo, para tenerla con Jesús.

6. Los sacramentos de la Confirmación y de la Eucaristía

Pero –diréis– ¿Cómo podemos dejarnos renovar por el Espíritu Santo y crecer en nuestra vida espiritual? La respuesta ya la sabéis: se puede mediante los Sacramentos, porque la fe nace y se robustece en nosotros gracias a los Sacramentos, sobre todo los de la iniciación cristiana: el Bautismo, la Confirmación y la Eucaris-

ristía, que son complementarios e inseparables (cf. Catecismo de la Iglesia Católica, 1285). Esta verdad sobre los tres Sacramentos que están al inicio de nuestro ser cristianos se encuentra quizás desatendida en la vida de fe de no pocos cristianos, para los que estos son gestos del pasado, pero sin repercusión real en la actualidad, como raíces sin savia vital. Resulta que, una vez recibida la Confirmación, muchos jóvenes se alejan de la vida de fe. Y también hay jóvenes que ni siquiera reciben este sacramento. Sin embargo, con los sacramentos del Bautismo, de la Confirmación y después, de modo constante, de la Eucaristía, es como el Espíritu Santo nos hace hijos del Padre, hermanos de Jesús, miembros de su Iglesia, capaces de un verdadero testimonio del Evangelio, beneficiarios de la alegría de la fe.

Os invito por tanto a reflexionar sobre lo que aquí os escribo. Hoy es especialmente importante redescubrir el sacramento de la Confirmación y reencontrar su valor para nuestro crecimiento espiritual. Quien ha recibido los sacramentos del Bautismo y de la Confirmación, recuerde que se ha convertido en «templo del Espíritu»: Dios habita en él. Que sea siempre consciente de ello y haga que el tesoro que lleva dentro produzca frutos de santidad. Quien está bautizado, pero no ha recibido aún el sacramento de la Confirmación, que se prepare para recibirlo sabiendo que así se convertirá en un cristiano «pleno», porque la Confirmación perfecciona la gracia bautismal (cf. *Ibíd.*, 1302-1304).

La Confirmación nos da una fuerza especial para testimoniar y glorificar a Dios con toda nuestra vida (cf. Rm 12, 1); nos hace íntimamente conscientes de nuestra pertenencia a la Iglesia, «Cuerpo de Cristo», del cual todos somos miembros vivos, solidarios los unos con los otros (cf. 1 Co 12, 12-25). Todo bautizado, dejándose guiar por el Espíritu, puede dar su propia aportación a la edificación de la Iglesia gracias a los carismas que Él nos da, porque «en cada uno se manifiesta el Espíritu para el bien común» (1 Co 12, 7). Y cuando el Espíritu actúa produce en el alma sus frutos que son «amor, alegría, paz, paciencia, benevolencia, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí» (Ga 5, 22). A cuantos, jóvenes como vosotros, no han recibido la Confirmación, les invito cordialmente a prepararse a recibir este sacramento, pidiendo la ayuda de sus sacerdotes. Es una especial ocasión de gracia que el Señor os ofrece: ¡no la dejéis escapar!

Quisiera añadir aquí una palabra sobre la Eucaristía. Para crecer en la vida cristiana es necesario alimentarse del Cuerpo y de la Sangre de Cristo. En efecto, hemos sido bautizados y confirmados con vistas a la Eucaristía (cf. Catecismo de la

Iglesia Católica, 1322; Exhort. apost. *Sacramentum caritatis*, 17). Como «fuente y culmen» de la vida eclesial, la Eucaristía es un «Pentecostés perpetuo», porque cada vez que celebramos la Santa Misa recibimos el Espíritu Santo que nos une más profundamente a Cristo y nos transforma en Él. Queridos jóvenes, si participáis frecuentemente en la Celebración eucarística, si consagráis un poco de vuestro tiempo a la adoración del Santísimo Sacramento, a la Fuente del amor, que es la Eucaristía, os llegará esa gozosa determinación de dedicar la vida a seguir las pautas del Evangelio. Al mismo tiempo, experimentaréis que donde no llegan nuestras fuerzas, el Espíritu Santo nos transforma, nos colma de su fuerza y nos hace testigos plenos del ardor misionero de Cristo resucitado.

7. La necesidad y la urgencia de la misión

Muchos jóvenes miran su vida con aprensión y se plantean tantos interrogantes sobre su futuro. Ellos se preguntan preocupados: ¿Cómo insertarse en un mundo marcado por numerosas y graves injusticias y sufrimientos? ¿Cómo reaccionar ante el egoísmo y la violencia que a veces parecen prevalecer? ¿Cómo dar sentido pleno a la vida? ¿Cómo contribuir para que los frutos del Espíritu que hemos recordado precedentemente, «amor, alegría, paz, paciencia, benevolencia, bondad, fidelidad, mansedumbre y dominio de sí» (n. 6), inunden este mundo herido y frágil, el mundo de los jóvenes sobre todo? ¿En qué condiciones el Espíritu vivificante de la primera creación, y sobre todo de la segunda creación o redención, puede convertirse en el alma nueva de la humanidad? No olvidemos que cuanto más grande es el don de Dios –y el del Espíritu de Jesús es el máximo– tanto más lo es la necesidad del mundo de recibirlo y, en consecuencia, más grande y apasionante es la misión de la Iglesia de dar un testimonio creíble de él. Y vosotros, jóvenes, con la Jornada Mundial de la Juventud, dais en cierto modo testimonio de querer participar en dicha misión. A este propósito, queridos amigos, me apremia recordaros aquí algunas verdades cruciales sobre las cuales meditar. Una vez más os repito que sólo Cristo puede colmar las aspiraciones más íntimas del corazón del hombre; sólo Él es capaz de humanizar la humanidad y conducirla a su «divinización». Con la fuerza de su Espíritu, Él infunde en nosotros la caridad divina, que nos hace capaces de amar al prójimo y prontos para ponernos a su servicio. El Espíritu Santo ilumina, revelando a Cristo crucificado y resucitado, y nos indica el camino para asemejarnos más a Él, para ser precisamente «expresión e instrumento del amor que de Él emana» (Enc. *Deus caritas est*, 33). Y quien se deja guiar por el Espíritu comprende que ponerse al servicio del Evangelio no es una opción facultativa, porque advierte la urgencia de transmitir a los demás esta Buena Noticia. Sin embargo, es necesario

recordarlo una vez más, sólo podemos ser testigos de Cristo si nos dejamos guiar por el Espíritu Santo, que es «el agente principal de la evangelización» (cf. *Evangelii nuntiandi*, 75) y «el protagonista de la misión» (cf. *Redemptoris missio*, 21). Queridos jóvenes, como han reiterado tantas veces mis venerados Predecesores Pablo VI y Juan Pablo II, anunciar el Evangelio y testimoniar la fe es hoy más necesario que nunca (cf. *Redemptoris missio*, 1). Alguno puede pensar que presentar el tesoro precioso de la fe a las personas que no la comparten significa ser intolerantes con ellos, pero no es así, porque proponer a Cristo no significa imponerlo (cf. *Evangelii nuntiandi*, 80). Además, doce Apóstoles, hace ya dos mil años, han dado la vida para que Cristo fuese conocido y amado. Desde entonces, el Evangelio sigue difundándose a través de los tiempos gracias a hombres y mujeres animados por el mismo fervor misionero. Por lo tanto, también hoy se necesitan discípulos de Cristo que no escatimen tiempo ni energía para servir al Evangelio. Se necesitan jóvenes que dejen arder dentro de sí el amor de Dios y respondan generosamente a su llamamiento apremiante, como lo han hecho tantos jóvenes beatos y santos del pasado y también de tiempos cercanos al nuestro. En particular, os aseguro que el Espíritu de Jesús os invita hoy a vosotros, jóvenes, a ser portadores de la buena noticia de Jesús a vuestros coetáneos. La indudable dificultad de los adultos de tratar de manera comprensible y convincente con el ámbito juvenil puede ser un signo con el cual el Espíritu quiere impulsaros a vosotros, jóvenes, a que os hagáis cargo de ello. Vosotros conocéis el idealismo, el lenguaje y también las heridas, las expectativas y, al mismo tiempo, el deseo de bienestar de vuestros coetáneos. Tenéis ante vosotros el vasto mundo de los afectos, del trabajo, de la formación, de la expectativa, del sufrimiento juvenil... Que cada uno de vosotros tenga la valentía de prometer al Espíritu Santo llevar a un joven a Jesucristo, como mejor lo considere, sabiendo «dar razón de vuestra esperanza, pero con mansedumbre» (cf. 1 P 3, 15).

Pero para lograr este objetivo, queridos amigos, sed santos, sed misioneros, porque nunca se puede separar la santidad de la misión (cf. *Redemptoris missio*, 90). Non tengáis miedo de convertirlos en santos misioneros como San Francisco Javier, que recorrió el Extremo Oriente anunciando la Buena Noticia hasta el límite de sus fuerzas, o como Santa Teresa del Niño Jesús, que fue misionera aún sin haber dejado el Carmelo: tanto el uno como la otra son «Patronos de las Misiones». Estad listos a poner en juego vuestra vida para iluminar el mundo con la verdad de Cristo; para responder con amor al odio y al desprecio de la vida; para proclamar la esperanza de Cristo resucitado en cada rincón de la tierra.

8. Invocar un «nuevo Pentecostés» sobre el mundo

Queridos jóvenes, os espero en gran número en julio de 2008 en Sydney. Será una ocasión providencial para experimentar plenamente el poder del Espíritu Santo. Venid muchos, para ser signo de esperanza y sustento precioso para las comunidades de la Iglesia en Australia que se preparan para acogerlos. Para los jóvenes del país que nos hospedarán será una ocasión excepcional de anunciar la belleza y el gozo del Evangelio a una sociedad secularizada de muchas maneras. Australia, como toda Oceanía, tiene necesidad de redescubrir sus raíces cristianas. En la Exhortación postsinodal *Ecclesia in Oceania* Juan Pablo II escribía: «Con la fuerza del Espíritu Santo, la Iglesia en Oceanía se está preparando para una nueva evangelización de pueblos que hoy tienen hambre de Cristo... La nueva evangelización es una prioridad para la Iglesia en Oceanía» (n. 18).

Os invito a dedicar tiempo a la oración y a vuestra formación espiritual en este último tramo del camino que nos conduce a la XXIII Jornada Mundial de la Juventud, para que en Sydney podáis renovar las promesas de vuestro Bautismo y de vuestra Confirmación. Juntos invocaremos al Espíritu Santo, pidiendo con confianza a Dios el don de un nuevo Pentecostés para la Iglesia y para la humanidad del tercer milenio.

María, unida en oración a los Apóstoles en el Cenáculo, os acompañe durante estos meses y obtenga para todos los jóvenes cristianos una nueva efusión del Espíritu Santo que inflame los corazones. Recordad: ¡la Iglesia confía en vosotros! Nosotros, los Pastores, en particular, oramos para que améis y hagáis amar siempre más a Jesús y lo sigáis fielmente. Con estos sentimientos os bendigo a todos con gran afecto.

En Lorenzago, 20 de julio de 2007

Benedicto XVI

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI
A LOS JÓVENES MADRILEÑOS PARTICIPANTES
EN LA «MISIÓN JOVEN» DE LA ARCHIDIÓCESIS
Y LAS DIÓCESIS DE LA
PROVINCIA ECLESIAÍSTICA DE MADRID

Jueves, 9 de agosto de 2007

Queridos hermanos y hermanas
Queridos jóvenes madrileños

Con sumo gusto os recibo hoy, queridos jóvenes que habéis participado en la «Misión Joven» de la archidiócesis de Madrid y las diócesis de esa Provincia eclesiástica. Habéis venido acompañados por el Señor Cardenal Antonio María Rouco Varela, Arzobispo de Madrid, al que agradezco las amables palabras que me ha dirigido en nombre de sus Obispos Auxiliares, y de los Obispos de Getafe y de Alcalá de Henares y, naturalmente, de todos vosotros. Habéis querido manifestar vuestro afecto al Papa, Sucesor del apóstol Pedro, así como vuestro compromiso de entrega y servicio a la Iglesia de Jesucristo. Os doy mi más cordial bienvenida y os agradezco vuestra presencia aquí, tan numerosa, y de modo especial todo lo que hacéis como fruto de esa intensa experiencia eclesial y de fe que habéis vivido.

Algunos de vosotros han dado antes un expresivo testimonio de ella, que he seguido con atención. He apreciado la intensidad con que se ha vivido la condición del misionero y el colorido que adquieren ciertas facetas de la vida cuando se decide anunciar a Cristo: el entusiasmo de salir al descubierto y comprobar con sorpresa que, contrariamente a lo que muchos piensan, el Evangelio atrae profundamente a los jóvenes; el descubrir en toda su amplitud el sentido eclesial de la vida cristiana; la finura y belleza de un amor y una familia vivida ante los ojos de Dios, o el descubrimiento de una inesperada llamada a servirlo por entero consagrándose al ministerio sacerdotal.

Visitando los lugares donde Pedro y Pablo anunciaron el Evangelio, donde dieron su vida por el Señor y donde muchos otros fueron también perseguidos y martirizados en los albores de la Iglesia, habréis podido entender mejor por qué la fe en Jesucristo, al abrir horizontes de una vida nueva, de auténtica libertad y de una esperanza sin límites, necesita la misión, el empuje que nace de un corazón entregado generosamente a Dios y del testimonio valiente de Aquel que es el Camino, la Verdad y la Vida. Así ocurrió aquí, en Roma, hace muchos siglos, en medio de un ambiente que desconocía a Cristo, único Salvador del género humano y del mundo; así ha ocurrido siempre, y ocurre también hoy, cuando a vuestro alrededor veis a muchos que lo han olvidado o que se desentienden de Él, cegados por tantos sueños pasajeros que prometen mucho pero que dejan el corazón vacío.

Os animo a perseverar en el camino emprendido, dejándoos guiar por vuestros Pastores, colaborando con ellos en la apasionante tarea de hacer llegar a vuestros coetáneos la dicha indescriptible de saberse amados por Dios, el único amor que nunca falla ni termina. No dejéis de cultivar vosotros mismos el encuentro personal con Cristo, de tenerlo siempre en el centro de vuestro corazón, pues así toda vuestra vida se convertirá en misión; dejaréis trasparentar al Cristo que vive en vosotros.

Como jóvenes, estáis por decidir vuestro futuro. Hacedlo a la luz de Cristo, preguntadle ¿qué quieres de mí? y seguid la senda que Él os indique con generosidad y confianza, sabiendo que, como bautizados, todos sin distinción estamos llamados a la santidad y a ser miembros vivos de la Iglesia en cualquier forma de vida que nos corresponda.

La Virgen María, Reina de los Apóstoles y Madre de la Iglesia, fue presentada por el Concilio Vaticano II como «ejemplo de aquel amor de madre que debe

animar a todos los que colaboran en la misión apostólica de la Iglesia para engendrar a los hombres a una vida nueva» (Lumen gentium, 65). Que su intercesión maternal os acompañe y os haga ser fieles a los compromisos que, dóciles al Espíritu Santo, habéis asumido para gloria de Dios y el bien de vuestros hermanos. Que os sea también de ayuda la Bendición Apostólica que os imparto con afecto.

Muchas gracias por vuestra visita.

